

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

1868. — TOMO XXXII.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 27. — N° 811.

SUMARIO.

Sir Roberto Napier; grabado. — Academia de Ciencias morales y políticas de Madrid. — Cuadros de costumbres guatemaltecas. — Inauguración del monumento de Lutero en Worms; grabados. — Revista de Paris. — Poesías. — Inauguración del atajo del Escalda; grabado. — Noticias de Belgrado; grabado. — Fiesta popular del 23 de junio en Roma; grabado. — La toma de la Bastilla; grabado. — Laurac bat. — La perdiz y los perdigones; grabado. — El palacio de Cintra; grabado. — Aparato de destilación; grabado. — Debe y haber. — El nuevo púlpito de la iglesia de Nuestra Señora de Paris; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.

Sir Roberto Napier.

Sir Roberto Napier, que acaba de regresar á Inglaterra, donde sus conciudadanos festejan en él al héroe de la expedición de Abisinia, era hacia mucho tiempo uno de los oficiales mas distinguidos del ejército de la India, cuando le designaron para el mando del ejército enviado contra Teodoro. Habiendo entrado en el servicio en 1827, sir Roberto Napier se señaló desde el principio de su carrera como un ingeniero eminente, por haber emprendido y ejecutado en los distritos mas peligrosos de la Península india, ciertas obras de una importancia considerable, pues á ellas se debió que se pudiera tomar posesión de una parte del país que habian debido abandonar porque era muy mal sano.

Durante las diversas insurrecciones que repetidas veces intentaron oponerse á los progresos de la dominación británica en la India, sir Roberto Napier aumentó aun con numerosos y brillantes triunfos la fama que ya se habia ganado con sus servicios civiles. Separado del grueso del ejército de ocupación cuando estalló el alzamiento de 1843, montó á caballo en cuanto recibió la primera noticia del suceso, hizo veinte leguas sin detenerse y llegó á tiempo para asis-

tir á la batalla de Moodkee, donde perdió el caballo. Después de la toma de Lahora improvisó en algunos dias los cuarteles que necesitaba el ejército, y de este modo evitó á las tropas los peligros de un campamento prolongado.

Habia obtenido una licencia de convaliente y se hallaba en Inglaterra, cuando estalló la grande insurrección de 1847. No obstante el mal estado de su salud, sir Roberto Napier se apresuró á volverse á la India, asistió al sitio de Lucknow, en el que salió herido y contribuyó poderosamente con su presencia á la toma de esta ciudad y al buen éxito de la campaña. Una vez que hubo tomado parte en la guerra de China, bajo el mando de sir Hope Grant, sir Roberto Napier fué nombrado al mando del ejército de Bombay. En recompensa de sus brillantes ser-

vicios fué hecho caballero, luego recibió la condecoración de la Estrella de las Indias, y ahora ha sido elevado á la dignidad de lord. El feliz desenlace de la expedición de Abisinia, ha puesto el colmo á la reputación del general Napier, y al coronar dignamente su gloriosa carrera, le coloca para siempre en primera línea entre las notabilidades militares de la Inglaterra. P. P.

Academia

DE CIENCIAS MORALES Y POLITICAS DE MADRID.

A largas distancias van los ilusos en busca de curanderos, de saludadores y de quien les diga la buena ventura. Y no es la causa de estas erratas la codicia de los embaidores, sino la torpeza y anchas tragaderas de los que en ello creen.

Contamos los modernos con un elemento efficacísimo de civilización, de que carecian los antiguos. Tenemos el prodigio de la imprenta, que difunde á todas partes y aceleradamente los conocimientos, y que dificulta que lo publicado caiga en el olvido; es innegable. Mas esta ventaja, nunca ponderada, no debe tranquilizarnos por completo respecto á las eventualidades del porvenir.

Sin esos cataclismos generales, posibles en el globo terráqueo por solo el curso regular de las cosas, escasean tanto ciertos impresos, que se cuentan los raros ejemplares existentes, y algunos hubo que completamente han desaparecido. ¿Quién ha visto en letras de molde el *Buscapié* de Cervantes? Aun con el curso de la tipografía son de temer las pérdidas y la retrogradación de los conocimientos. Gran parte del género humano piensa y obra sin los libros; muchos prescindien de ellos y van contra ellos, y algunos hasta los condenan á la hoguera. Además, el número de volúmenes, de folletos y de periódicos es tan inmenso en solos cuatro siglos, que se hacen descubrimientos entre el polvo de las bibliotecas, como excavando en las



Sir Roberto Napier.

ruinas del Herculano y de Itálica. No obstante los portentosos adelantos de nuestra época, todavía tiene lunares poco honrosos la civilización presente.

Pero nosotros para evitar el despotismo de autócratas voluntarios ó de oligarquías prepotentes, no hemos discurrido hasta ahora otro medio que el de las mayorías, que es en verdad bien antiguo y casi primitivo, ora se escatime en la práctica con restricciones elásticas, ora se le den las apariencias de universal sufragio.

Sea la influencia moral de los gobiernos, sea la intimidación de los osados sobre los pacatos, sea la corrupción de cotizar los votos ó de regalarlos á notabilidades de campanario á trueque de mercedes y servicios, sean las cábalas de los partidos y de los agitadores; la experiencia enseña aquí y fuera de aquí cuánto hay que desconfiar muchas veces de las que se dicen manifestaciones del voto público.

¿Y cuántas contradicciones no existen aun en el siglo filosófico? Las leyes naturales, civiles y religiosas, prohíben el aceptar un desafío: y la ley de la opinión castiga el rehusarle con la pérdida de la honra y de la estimación. Se predica en unas cátedras contra el lujo y el fausto, y se demuestra en otras que la extensión de los goces y aun de los caprichos aumenta los consumos, y es el mejor aliciente de la industria.

La ley de la opinión hace, por una parte, depender la honra de un marido de la conducta irreprochable de su mujer, y por otra le condena y ridiculiza si por medio de atenciones discretas y de complacencias prudentes intenta precaver la inconstancia de la esposa. Hasta los veinte y cinco años no se declara al hombre mayor de edad, ni se le permite disponer libremente de parte alguna de sus bienes: y á los catorce se le autoriza para testar de todos y para ser padre de familia, y á los diez y seis se le consiente la enajenación perpétua de su libertad.

Nos vanagloriamos de haber borrado las diferencias de casta y de rango, de haber establecido la igualdad de los ciudadanos, y exceden los títulos nobiliarios nuevos á los rancios, y tratamos con desden ó altanería á los domésticos, que nuestros padres sentaban á su propia mesa.

Hemos restablecido el decoro y la salubridad de los templos arrancándoles de cuajo la pestilencia de las sepulturas; hemos llevado á los que se van lejos de los que se quedan; y mientras que tanto ha ganado la higiene pública, ¿no ha perdido mucho la modestia y la humanidad tan convenientes en la primera de las post-trimerías? ¿Qué afán por mausoleos y distinciones fúnebres! ¿Qué vanidad por esculpir en mármoles y en letras mayúsculas nombres que no se vieron escritos en vida de los que los llevaron! ¿Y qué mal sienta el orgullo y la vanagloria con el pesar y las lágrimas! (1)

Aunque á Carlos III se debe la sábia providencia de los camposantos, todavía encontraron repugnancia y dificultades de mil géneros: los doce que existen en Madrid datan de este siglo. Pues si en cincuenta años hemos necesitado 2,453 áreas de terreno, ¿qué sucedería á haber sido nuestros ascendientes tan avaros de pompa mortuoria? ¿Qué? Yo os lo diré.

Atendida la población media de Madrid en el presente siglo y la superficie que ha ocupado con sus difuntos, resulta; que si á ese respecto hubieran procurado sepulturas, nichos, panteones y sarcófagos todos los españoles desde el reinado de los reyes Católicos, la cuarta parte de la Península sería hoy camposanto: y que si nuestros antepasados, desde el establecimiento del cristianismo, hubieran tenido en esta parte nuestra ostentosa conducta, ni un palmo de terreno habría quedado en España para la agricultura: el cementerio sería la morada común de muertos y de vivos. Asustaos, escandalizaos, si os place; pero no me acuseis de exageración, que anotado veis el dato.

Para no fatigar mas vuestra atención, y para que se retenga mejor cuanto he aducido al desenvolver y justificar mi tesis, voy á condensar en breves párrafos las afirmaciones, negaciones y dudas que dejo sentadas.

La especie humana, en virtud de sus facultades ingénitas, ha perfeccionado, perfecciona y perfeccionará, contando con condiciones favorables para ello; pero ha tenido y tendrá épocas de prostración y de decadencia, en circunstancias desventajosas.

(1) Superficie que ocupan los cementerios de Madrid en 1864, según los datos topográficos del señor don Juan Ribera, uno de los autores del plano geométrico de la corte, y actual ingeniero jefe del Canal de Isabel II.

CEMENTERIOS.	Metros cuadrados.
De San Sebastian.	9,579'50
San Nicolás de Bari.	9,063'53
San Isidro.	46,690
San Justo.	9,396
La sacramental de San Lorenzo.	6,939
Los Ingleses.	3,269
La sacramental de Santa María y Hospital general.	3,790'58
La sacramental de San Luis.	24,162'95
La sacramental de la Patriarcal.	66,035'12
La sacramental de San Martín y San Ildefonso.	29,986'91
General de la puerta de Toledo.	28,297'31
General de la puerta de Bilbao.	8,060'86
Total.	245,312'78

La capacidad perfectible del hombre tiene límites naturales, que no puede traspasar. Con solo violentarse á querer saltarlos, se desordena y trastorna, y de hecho retrocede, debilitado por sus arrogantes esfuerzos.

Tanta exageración hay en maldecir la materia, que es obra augusta de Dios, como en envilecer el espíritu con la idolatría de la fuerza. Lo moral y lo físico existen en amoroso consorcio, que á nadie es dado romper sino á la muerte. Los astros que cantan la gloria del Criador, reverberan también otras creaciones divinas: la inteligencia portentosa de Newton, Copérnico y Laplace. El mismo origen tiene el don del talento, con que seduce y domina un solo hombre á millares de hombres, que el don de la belleza, con que una Eva pone á sus piés al sexo fuerte.

Si la educación es débil é impotente en algunos casos, es eficazísima en la generalidad de los individuos, regularmente aptos para todo y aun en los sujetos excepcionales, respecto de sus facultades medianas.

Los gobiernos ilustrados deben consagrar su celo á la educación pública como medio seguro de mejora social: los directores y maestros de la juventud, estudiando bien su vocación verdadera, pueden alentarla con confianza con esperanzas de adelantamiento: los amantes del progreso han de reconocer en la educación la palanca de Archimides, que puede elevar grandes pesos y remover masas enormes, pero que no tiene punto de apoyo para levantar el mundo.

El periodo que hoy recorre la humanidad es indudablemente de adelantos y mejoras trascendentales. Por mucho que agucen el ingenio, no lograrán probar otra cosa los destronados que han perdido su posición, ni los que pierden las ilusiones de exigencias exorbitantes. Se han relajado vínculos convenientes, se han conmovido piedras angulares, es cierto: estamos en la situación del cautivo de muchos años de cadena que, al verse libre de la opresión, dispone mal de sus miembros entumecidos y de sus enervadas fuerzas.

El estado de perturbación social es irregular, y por consiguiente transitorio: el poder público cuenta con elementos de mando. Jamás faltarán altares concurridos ni autoridad obedecida; que el Criador ha impreso en el hombre el sentimiento de la veneración.

Es una quimera creer que llegará el género humano á una dicha completa, en que no habrá guerras, ni conquistas, ni rivalidades nacionales, en que desaparecerán el hambre, la prostitución, la miseria y los crímenes. Únicamente se logrará atenuar estos males, minorarlos, consolarlos, á riesgo de dejar otros desatendidos, ó de avivar algunos casi apagados.

Los que aguardan tal trasformación y bonanza en el mundo, que ni acontecimientos habrá, experimentarían gran desengaño si fueran eternos. No temo soltar esta prenda á la crítica de los coetáneos y al fallo decisivo de los venideros.

También es error grave, á la par que un agravio injusto suponer, que los que negamos la perfección absoluta del individuo, queremos que la humanidad se entregue al fatalismo, á la inacción y que renuncie á las esperanzas del porvenir. No es eso. Debemos renunciar á confianzas vanas, á delirios y ensueños de cerebros calenturientos, á utopías ilusorias, á quimeras de visionarios: pero trabajando sin cesar y con fe viva para alcanzar los adelantos racionales, que aun hay mucho que hacer dentro de lo posible.

Y debemos renunciar á lo física, metafísica y moralmente imposible para que el calor y la energía de nuestro espíritu se fijen en lo hacedero y no se malgasten. Y debemos renunciar á las quimeras, para que contando con que siempre ha de haber pasiones é injusticias y excesos y escándalos, no vayamos neciamente contra la sociedad, contra la familia, contra la propiedad y contra la autoridad, que eternamente han de ser cosas precisas é insustituibles.

Mas al creer, con toda seguridad, que así han pasado y pasarán los negocios humanos, no podemos desconocer que hay muchos que los ven de otra manera. ¿Cómo extrañar la divergencia de pareceres, cuando desde el siglo XIII está escrito en el romance germinal del sabio autor del *Espéculo* «que las voluntades é los entendimientos de los omes son departidos en muchas guisas é por ende natural cosa es que los fechos é las obras de ellos non acuerden en uno?»

Mal pudiera admirarse de semejante fenómeno, quien reconoce que ese mismo desacuerdo constituye la armonía embelesadora del universo: quien cree que la igualdad de cultura y de aplicación haría morir al género humano de fastidio ó de idiotismo: quien sabe, en fin, que la simetría es el hastio, que la uniformidad hace bostezar, y que suele ser pena mas terrible que la de padecer, aquella en que el condenado se aburre.

Si, señores, todos los pareceres, todos los esfuerzos, por encontrados que parezcan, son necesarios en la gran máquina social. Los que empujan, los que retroceden y los que templan el movimiento, todos contribuyen á la marcha, por mas que cada cual se duela de no ser el primer móvil; todos concurren á que la humanidad siga su curso, siquiera unos aflojen cuando los otros tiran, ó anden algunos acelerados mientras los otros cejan.

Sin el freno de los tímidos, mas de una vez nos estrellaríamos; sin el empuje vigoroso de los osados, el ciudadano se vería convertido en un ilota maniatado; sin el compás y el aplomo de los prudentes, la balanza estaría sin fiel y la nave sin brújula. Entre la inmovilidad walona de aquellos, propia de centinelas sepulcrales, y el paso de Luchana de otros, únicamente sostenible en momentos supremos, se encuentra el equilibrio

de la razón, el nivel del buen sentido, la línea que separa lo conveniente de lo extremado, y el coto que distingue el progreso posible de la perfectibilidad ideal.

Aunque viejo y gastado, todavía pongo esa línea divisoria mas cercana al movimiento, que es la vida, que al retroceso, que es la muerte. No sirvan los obstáculos vencibles de pretexto al quietismo: no consintamos que la ignorancia se prevalega de los males inevitables para atacar la ciencia. Bien vamos hácia adelante: no volvamos la vista atrás. He dicho.

Cuadros de costumbres guatemaltecas,

POR SALOMÉ GIL.

(Continuacion.—Véase el N° 809.)

El infeliz tenía sin duda un nudo en la garganta, pues apenas acertaba á contestar, é involuntariamente se le saltaban las lágrimas.

Así terminó la parte que podía llamarse oficial de la ceremonia. Salimos al corredor y mientras encendíamos los puros, pude oír unas cuantas observaciones muy poco caritativas sobre la difunta y sobre los dolientes, á los mismos que acababan de manifestar todo su sentimiento.

En mi calidad de amigo íntimo de la casa, pasé en seguida á la habitación de las señoras, para darlas el pésame. Desgraciadamente era ya tarde, no habían encendido las velas, y como las ventanas estaban «á piedra y lodo,» reinaba la mas completa oscuridad en la pieza. Esto es de rigor donde quiera que hay duelo, y así no me cogió de nuevo.

Parece que la luz y la pesadumbre son antípodas y no deben estar juntas. Busqué á tientas una silla, tuve la fortuna de encontrarla y me coloqué en ella sin decir palabra. Poco á poco me fui acostumbrando á la oscuridad, pude distinguir los objetos y vi que además de la señora de Garrafuerte y de sus hijas, había unas diez ó doce personas de fuera, la mayor parte del sexo que los hombres hemos convenido en llamar bello. Una de tantas, la mas mujer de todas, sin duda, rompió al fin el silencio, y se entabló en el acto una conversación general, interrumpida por sollozos y por un repetido *sonamiento* de narices.

— ¿Cómo ha sido esto, niña, por Dios? dijo la preguntanta á la mamá, ¿Estaba tan entera y tan robusta! Un gran susto llevó esta mañana cuando, antes de deayunarme, entró don Anacleto Malasnuevas, y sin mas acá ni mas allá me encajó la noticia, que acababa de saberla por un empleado de su oficina, que oyó el doble y preguntó á otro, y este le dijo que un primo del campanero le contó que era en tu casa donde había ocurrido la desgracia.

La afligida familia contestó únicamente á esa descarga con gemidos que parecían arrancados de las telas del corazón; y continuó el fuego.

— ¿Qué edad tenía la señora?

— Cincuenta y nueve años, once meses y veinte y nueve días.

Yo que sabia que rayaba en los setenta, dije para mí: — La pesadumbre ha trastornado la memoria á estas pobrecitas.

Luego añadió la de la pregunta: — ¿Jesus, niña! ¡ todos Vds. los Costales han muerto jóvenes!

— ¡ Ay! si, todos hemos muerto en la flor de la edad, dijo la de Garrafuerte, y se sorbió de un trago media jícara de chocolate; pues habia yo olvidado decir que estaba tomándolo, aunque asegurando que no *le pasaba* nada.

— ¿Y qué mal fué por fin? dijo otra dama.

— Daño; contestó una de las niñas.

— Mal mal es ese, replicó otra.

— ¿Y qué médico la vió?

— El doctor Tizana.

— ¡ Ah! con razon se murió; ¡ si ese mata á todos los que cura!

— ¿Por qué no vieron á Linaza que es tan acertado y tan primoroso?

— Todos son iguales, niña, y como nadie se muere la víspera, y no hay que tenerle miedo al rayo sino á la raya, ya ves que lo mismo hubiera sucedido con cualquiera.

Me admiré al oír que, á pesar de estas observaciones medio fatalistas, la respetable asamblea concluyó, por unanimidad, que los médicos habían matado á *nana Percha*, que así llamaban familiarmente á doña Lupericia.

En eso entró un eclesiástico anciano, bajito de cuerpo, que habia auxiliado á la finada en el último trance. Verlo y romper en gritos y exclamaciones, todo fué uno; pues su presencia avivó la pesadumbre de la atribulada familia.

— No queria yo verlo, dijo la señora.

— Yo si, pero lo temia; exclamó una de las niñas.

— Yo no, porque esto me va á costar la vida; gritó otra.

Y luego la tercera: — Pues yo si, porque si habia de ser tarde que sea temprano.

Con esto se entabló un fuego de cañas de *yo sí y yo no*, que duró un cuarto de hora largo; hasta que serenándose la borrasca, se despidieron dos de las amigas. Pude oír que al marcharse, preguntaron en voz baja á una de las señoritas Garrafuerte de qué forma quería el talle del traje de duelo, y la contestación de la *doñante*, erizada de términos técnicos de la ciencia de la moda.

Poco despues apareció otra señora, que, á tientas, fué saludando con el abrazo de costumbre á todas las que en el duelo estaban.

Como la oscuridad era completa, tomó al eclesiástico por persona de su mismo sexo, engañada por la estatura y por el traje, y le echó los brazos sin ceremonia. El pobre padre retrocedió todo amostazado, y yo tuve que advertirla su error.

— ¡Ave María! dijo. ¡Como vengo *encandilada*, y esto está como boca de lobo! ¡Vaya una *escurana*!

Sentóse la nueva pesamista é hizo la correspondiente descarga de preguntas:

— ¿Cómo fué esto? ¿De qué murió? ¿Quién la vió? ¿Cuántos años tenía? etc., etc.

La familia tuvo que repetir la misma historia por la centésima vez en el día, con la conclusión obligada de que los médicos habían despachado á la pobre señora.

Una de las señoritas pidió *una luz*, y mientras la llevaban, entró en aquella mazmorra don Anastasio Tarambana, el hombre mas nervioso y atepetado de las cinco Repúblicas de la América Central. En medio del día y con el sol claro, tropieza con las gentes y con los muebles, no ve donde se sienta y rompe cuanto toma en las manos. ¿Qué hará en la oscuridad?

— No veo nada, dijo, y se lanzó impávido.

— Por aquí; por allí; por acá; por allá; le decían, é iba aturdido de un lado á otro, empujando á este, dándose con aquel, derribando un trasto y haciendo otros desaguisados, hasta que dió con una silla.

Se dejó caer en ella, sin advertir que estaba ocupada por Turco, el perro favorito de una de las señoritas, que, al sentir el machucon, se levantó furioso y clavó sus dientes afilados en la parte del cuerpo de Tarambana que se puso en contacto inmediato con él. El hombre dió un salto y fué á caer sobre los callos del padre, que lanzó un grito de dolor.

— Vd. dispense, dijo Tarambana; pero ese condenado chuchó... y pasó á sentarse precisamente sobre la señora de Garrafuerte, que tenía aun sobre las rodillas un azafate con la jicara del chocolate y los adminículos con que lo acompañaba.

— ¡Me rompe los trastos! gritó la señora, y empujando con todas sus fuerzas al atepetado, lo hizo caer de bruces en medio del cuarto.

En eso entró la criada con una vela y puso término á aquella ridícula escena.

Cansado de oír suspiros y gemidos, y los lugares comunes acostumbrados de: ¿hubo mucha gente en el entierro? ¿fué Carlos? ¿estuvo Federico? ¿cargó Enrique?... preguntas que hacían las sobrinitas de la difunta, con voz gangosa y acatarrada, me despedí de la afligida familia, dejando á Dios y al tiempo el cuidado de proporcionarla algun consuelo.

Nueve dias despues volví á visitarlas, y todo habia cambiado. La alegría reinaba de nuevo en aquella casa. Garrafuerte contaba dinero, el dinero de la ya olvidada doña Lupercia.

La señora atendía á sus quehaceres ordinarios; las niñas conversaban con Carlos; con Federico y con Enrique; recibían fártaras de almendra, merengues y otras golosinas y reían como unas locas, recordando el abrazo del padre y la mordida que dió Turco á Tarambana.

Eso sí, estaban de luto riguroso; no tocaban el piano ni abrían las ventanas. Yo bendije á Aquel que «da la llaga y proporciona la medicina» y volví á mi casa mas y mas convencido que nunca, de que los «duelos con pan son buenos.»

UN AMIGO.

Así como suele decirse que hay palabras duras y palabras blandas; palabras dulces y palabras agrias; palabras huecas y palabras preñadas; yo tengo para mí que hay palabras que tienen la propiedad del *hule*: esto es, la de ser excesivamente elásticas.

La palabra *amigo* es una de esas voces que se estiran y se encogen, segun la voluntad de los que las emplean; pudiendo aplicarse á diferentes usos, como la dócil y utilísima goma con la cual me ha ocurrido compararlas. ¿Qué cosa es un amigo? Segun cierto escritor, es «un hermano que nos da la sociedad;» definición exacta, cuando el amigo es lo que debe ser para corresponder á ese dictado.

Pero desgraciadamente sucede que en este mundo, teatro de mentiras y embelecos, no todas las cosas cuadran bien con sus denominaciones; y así como no es oro todo lo que reluce, así tambien muchos de los que se llaman, amigos, lo son únicamente de sus conveniencias.

Nuestro ingenioso poeta el doctor Goyena, que pienso debió conocer bien el corazon humano, nos ha dejado en una de sus mas bonitas fábulas, la de «el Piojo, la Pulga y la Nigua,» una pintura tan triste como exacta de los falsos amigos.

Un epigrama del mismo autor, compuesto probablemente en uno de esos momentos de mal humor y de

abatimiento que deben ser frecuentes en los hombres de genio desgraciado, contiene la observación picante de que el Redentor del mundo llamó *amigo* al traidor Judas en ocasión en que este iba á entregarle.

¿Quiénes son esos señores que están dias enteros sentados en el mostrador de una tienda, en el fondo de la cual se lee en letras muy grandes: NO SE ADMITEN TERTULIAS? Son los *amigos* del mercader, que van ahí á quitar el tiempo, á preguntar ¿qué hay de nuevo? y á ahuyentar los parroquianos.

¿Quién es ese individuo que oficiosamente va á dar parte á la autoridad de que Vd. conspira contra la seguridad del Estado? Es un *amigo* que en su interés por usted se decide á dar aquel paso doloroso para que usted no se pierda.

El crítico sangriento que censura los versos de un poeta novel, es un *amigo* íntimo que, en su «imparcialidad,» se cree obligado á señalar los defectos de la obra y á despellejar al autor en medio de un corrillo.

Pedro está á punto de hacer bancarrota; un *amigo* se encarga de dar publicidad á la noticia, para evitar á otros *amigos* el ser cogidos en la quiebra.

Una mujer incurriré en una debilidad; al momento hay seis ó siete *amigas* (y esas suelen ser peores que los amigos machos) que refieren en reserva el tropezón á cuantos quieren oírlo.

En una casa de juego se reunen cuatro *amigos* á procurar desplumarse unos á otros. Si le llevan á usted á la cárcel, si le birlan el empleo, si pierde un pleito, si hace un mal negocio, si una vieja le pone los puntos, si le buscan para soplón ó para alcahuete, no pregunte Vd., como Quevedo, ¿quién es ella? Indague cuál de sus amigos anda en el enredo, y verá como es á uno de tantos á quien debe aquel flaco servicio.

Entre los amigos de esa calaña es menester contar tambien á los parásitos que nos comen medio lado y á los que, so capa de amistad, descarrian á los jóvenes, y de caída en caída, los conducen al abismo de la miseria y la degradación.

¿Quién ha perdido á ese joven? preguntamos al ver á uno de esos rostros pálidos en que están profundamente grabadas las huellas indelebles de una prematura vejez?

Sus *amigos*, responde el afligido padre que conoce, aunque muy tarde por su desgracia, el peligro de no velar sobre la elección de las personas con quienes sus hijos se relacionan.

¿Cuántos deben á un *amigo* la desventura de su vida!

Yo tengo uno de esos amigos. No recuerdo bien cómo ni cuándo comenzó nuestra amistad; pero, si no me engaño, fué en las aulas, (de las cuales muchos sacan todo lo bueno y todo lo malo de su porvenir,) donde mi amigo se agarró de mí como la hiedra del olmo. Desde entonces me persigue como la sombra al cuerpo, como el error de imprenta al escritor público, como el guarda al contrabandista, como la fortuna al rico, como la desgracia al pobre; en fin, como debiera perseguir el *peregril* al *bolo*.

Don Judas Malaobra es el nombre de mi perseguidor, á quien sufro solamente porque lo he aguantado ya muchos años, porque ha adquirido, en virtud de prescripción, el derecho de molestarme, por esa afinidad secreta que, como un vínculo indisoluble, nos une á aquellos que están en posición de hacernos daño.

El mundo, que juzga por las apariencias, dice que no hay amistad mas íntima, sincera y desinteresada que la de Judas y la mía. Se nos compara á Euralio y Niso; á Pilades y Orestes; y no bastando la historia y la fábula á suministrar ejemplos de nuestra union, se recurre á la farmacopea antigua, y el vulgo da en llamarnos «Agripa y Sopilativo,» (no «Desopilativo,» como debiera ser,) para denotar nuestra *inseparabilidad*, (con perdon del Diccionario.)

Mi persona, mi nombre, mi dinero, mi firma, cuanto soy y cuanto valgo está á la disposición de Malaobra, que usa y abusa de lo mío con mas franqueza que si fuera suyo. Como es *mi amigo*, tiene el derecho de decir de mí todo el mal posible; y si en su presencia me desuellan vivo, se declara impedido para tomar mi defensa; siendo, como asegura ser, parte interesada, y preciándose de escrupuloso y delicado.

Tengo un caballo, en el cual, como en otras cosas me corresponde á mí el dominio *directo* y á Malaobra el *útil*. Ocúrreme una diligencia urgente, busco la bestia, y encuentro que una hora antes se la ha llevado Judas para un viaje de veinte ó treinta leguas.

Quiere mi desgracia que nos parecemos en la estatura, y que Judas, como yo, es envuelto en carnes; pues ¿quién diría? hasta de estas circunstancias saca partido mi *alter ego* para mortificarme. Cuando sus vestidos entran en la clase de inválidos, cosa que al fin llega á sucederles, pues como dice uno, «solo Dios es eterno,» toma mis levitas, mis pantalones, mis chalecos, y se planta como nuevo.

Si un curioso reconoce las prendas y le dice algo sobre eso, contesta imperturbable «que son tuyas; pero que siendo amigos íntimos, ha solido prestarme aquellas prendas para que yo me luzca.» Dice que lo mío es suyo y lo que es suyo es mío; pero como da la casualidad que él no tiene nada y yo tengo algo, resulta que no se cumple ese programa comunista sino en la parte *dolorosa* para mí.

Como otros hierven en piojos, Malaobra hierva en ciertos bichos mas molestos que ellos, y son los que se conocen con el nombre de acreedores. Cuando le cobran, se descarta con que yo le tengo unos *pistos* que no he podido pagarle; y si la cosa apura, gira impávido contra mí, como si yo fuera su banquero. Abre mis

cartas y se impone de mis secretos, diciendo que entre los dos no debe haberlos. Mas como á él le sucede con los secretos lo que con los bienes de fortuna; esto es, que no tiene ninguno, en esto, como en todo, jugamos un partido desigual.

Cansado de sufrir esa roña, me ocurrió una vez proponerle que le pasaria una mesada con tal que se obligase, por escritura pública, á no usar mis vestidos, á no tomar mi dinero ni mi nombre, y á no decir á alma nacida que es amigo mío.

Me pidió dos horas para pensarlo. Sacó el lápiz, hizo sumas, y subiendo hasta la *regla de compañía* (conforme á su aritmética peculiar) desechó la oferta, diciendo que no le tenia cuenta.

Si al cabo y al fin solo en eso pararan los inconvenientes de esa íntima amistad, yo los llevara en paciencia aceptándolos á buena cuenta de mayor suma de penas que tendré que sufrir en el purgatorio; pero sucede que las bellaquerías de mi *contrario* me han puesto ya en varios compromisos, como lo verá el lector por el siguiente caso, que ocurrió hace pocos dias.

Era por la mañana y acababa yo de levantarme, de lo cual debe inferirse que el dia estaba ya algo adelantado; pues si bien en mis versos he solido hablar del alba, en Dios y en conciencia debo confesar que ha sido únicamente de oídas, y que jamás he visto la cara á esa señora.

Acababa de levantarme, digo, cuando recibí un billete que me venia dirigido, y cuyo sobrescrito daba muestras de haber sido trazado rápidamente y con mano trémula. Abrolo y leo:

«Caballero: el proceder de Vd. no tiene nombre. La mancha que Vd. ha arrojado sobre mi familia, debe lavarse con sangre. Lo espero á Vd. esta tarde misma en el *potrero de Corona*. Vd. elegirá las armas y llevará un testigo. El que desea verlo muerto:

JUAN RASCARABIAS.»

No podia yo atinar con el significado de aquella extraña carta, ni sabia en qué habria podido yo ofender á aquel hombre; pero advirtiéndome que al pié del billete habia un *post scriptum*, busqué á ver si en él encontraba la explicación del enigma. Y fué así, precisamente; pues Rascarabias, como las mujeres, habia dejado lo mas importante de la carta para la postdata. Decia así:

«Me olvidaba de decir á Vd. que es inútil cualquier efugio ó negativa. Su capote verde ronron y su cachucha de cuero de gato, que encontré anoche en el zaguan, forman el cuerpo del delito y acreditan ser Vd., y no otro alguno, el que se ha introducido en el hogar doméstico de

RASCARABIAS.»

Leer aquello é ir á la percha donde tengo ordinariamente esas dos bien conocidas prendas mías, fué todo uno. ¡Ay de mí! ¡Ni la capa color ronron ni la gorra de piel de gato estaban en su puesto acostumbrado!

— Apostaré que son cosas de Judas estas, dije, y salí inmediatamente en busca de aquel desalmado.

Como si fuera mas poeta que yo, el bribon dormía á pierna suelta.

— Levántate, vampiro, le dije tirándole fuertemente de una oreja, y ve la situación en que me has puesto.

— ¿Pues qué hay? contestó medio dormido, ¿te han asesinado por mi causa?

— Punto menos, le repliqué, y le arrojé á la cara la esquila en que Rascarabias me convidaba á la *merienda*.

Leyó, se quedó pensativo y luego dijo que todo aquello rodaba sobre nada y que era una verdadera fantasmagoría. Que por entrar á una casa donde hay billar, entró en la de Rascarabias; y que apenas hubo puesto los piés en el zaguan, conoció su error y salió. Que por lo demás, y para cortar cuestiones, estaba pronto á calsarse con la niña, si se le exigía; pues era rica y no tenia malas barbas; y que, en cuanto á mí, nuestra amistad le habia autorizado á tomar mi capa y mi gorra de cuero de gato.

— Tú eres el gato, le contesté furioso, trapalón inaguantable. ¿Qué te has de casar tú, alma de cántaro, si no tienes sobre qué caer muerto; ni quién ha de ser el café que te quiera por yerno á tí, que eres para los que llamas tus amigos peor que las siete plagas de Egipto?

Dicho esto, salí hecho un energúmeno; y como conozco bien á Rascarabias, *chapeton* atrabiliario, capaz de despacharme al otro mundo en un quitame allá esas pajas, comencé á pensar cómo me gobernaría para desengañarle.

No me costó poco trabajo, á la verdad; siéndome preciso probar la coartada, como dicen los letrados, acreditando con siete testigos mayores por toda excepción, que á la hora en que el *desconocido* (por compasión no revelé su nombre) jugaba á las damas en casa de Rascarabias, yo lo hacia al ajedrez con doña Juliana Meneos.

Así pude escapar del lance; y resuelto á no continuar siendo el animal de tormento de aquel ente dañino, me resolví á emigrar del país y fui á pedir mi pasaporte, exigiendo se expresase en él que pasaba á la China, huyendo de un *amigo*.

Dispuesto á marcharme y todo listo para el viaje acabo de saber que Judas Malaobra, temeroso sin duda de que su Dulcinea cante de plano y su semi-suegro realice la amenaza que tiene hecha de «pasearse por los callejones del alma del tal por cual que penetró en su casa,» se ha largado de la ciudad lanzándome la flecha al huir, como hacían los Partos; esto es, girando

contra mí una letra de doscientos pesos, que pagaré con gusto, con tal de verme libre de sus impertinencias.

¿No pagamos mas caro una temporada de ópera? ¿No gastamos algo mas para que nos engañen? ¿No cuesta triple ó cuádruple el satisfacer nuestra vanidad haciéndonos arrastrar en un coche? ¿Por qué no he de comprar yo á ese precio la satisfaccion de sacudirme de una mala compañía? ¿Cuántos de los que leen este articulejo darian sahumados los doscientos pesos por librarse de algunos de sus amigos!

LA FERIA DE JOCOTENANGO.

El dia 15 del corriente á eso de las diez de la mañana me constituí en Jocotenango, no tanto para ver la feria, cuanto para ver á los que van á verla. Armado con mi espíritu de observacion como con un instrumento cortante, fui á reunir los materiales para este articulejo; ó hablando con mas exactitud, fui á tomar una fotografia de la feria.

Si ella aparece desordenada, confusa é ininteligible, podrá ser ó efecto de torpeza del fotografo, ó por el contrario, demasiada fidelidad del cuadro. Si es lo primero, yo tendré la culpa; si lo segundo, la tendré tambien, por haber escogido ese asunto como objeto del bosquejo.

(Se continuará.)



Rietschel, autor del monumento inaugurado en Worms.

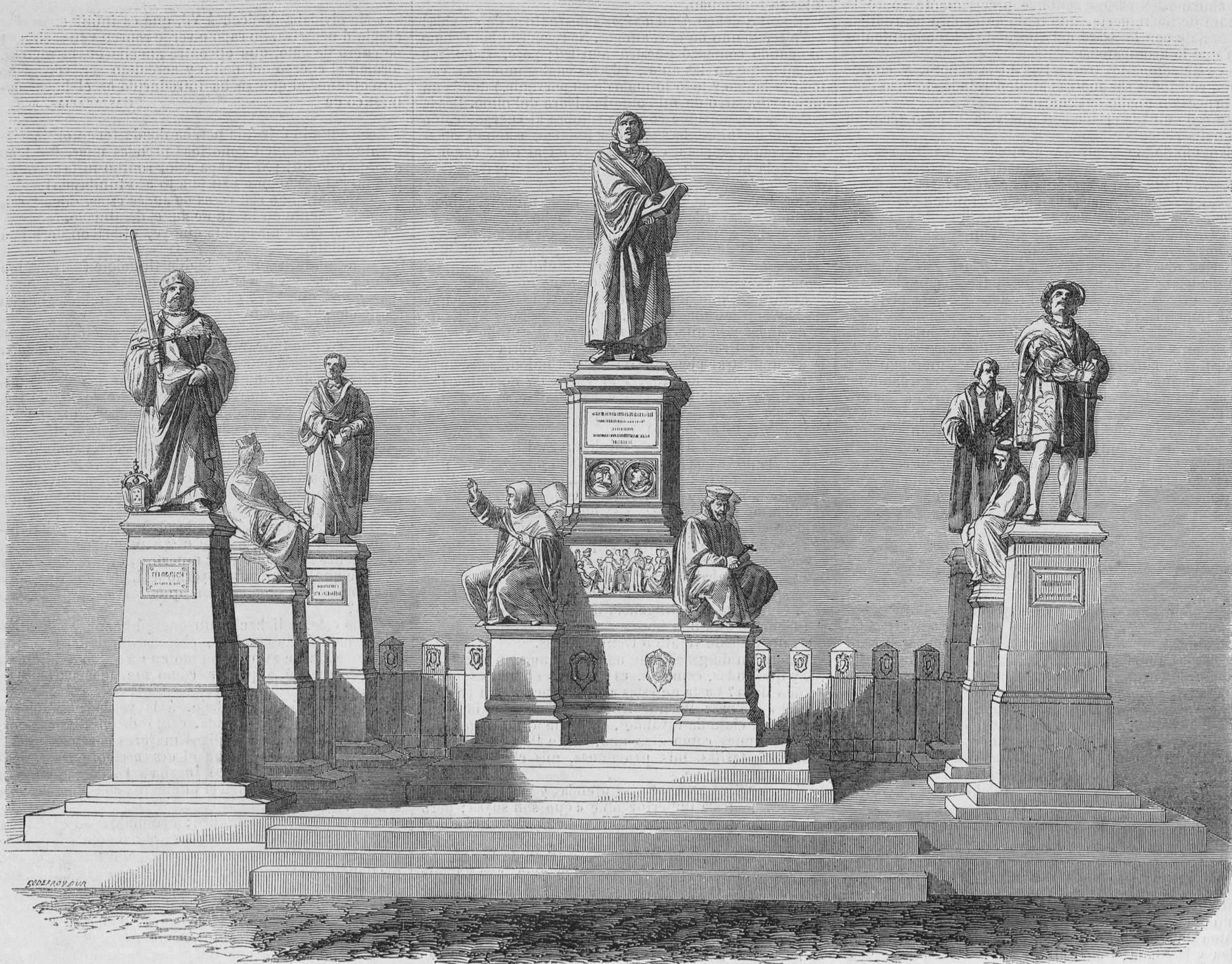
Inauguracion

DEL MONUMENTO DE LUTERO EN WORMS

Este monumento de Lutero, inaugurado últimamente en Worms, cuenta ya algunos años de fecha. El célebre escultor Ernesto Rietschel, autor del monumento, falleció habiéndole dejado por concluir, el 21 de febrero de 1861. Antes de hablar de la ceremonia que ha conmovido á toda la Alemania, trazaremos en breves palabras la biografía del escultor y haremos la descripción del monumento.

Ernesto Rietschel nació el 5 de diciembre de 1804 en Pulsnitz, en Sajonia. Grandes fueron las dificultades que tuvo que vencer para entrar en la carrera artística, dificultades que le fueron suscitadas por su familia, mas al cabo en 1820 entró en la Academia de Dresde, y su primera obra, que llamó extraordinariamente la atención, fué un Neptuno para una fuente erigida en Nordhausen. En 1826 trabajó con el célebre Rauch en Berlin, y en 1827 el gobierno sajón le pensionó para que viajase por Italia, viaje á cuya consecuencia ejecutó la estatua colosal de Federico Augusto. En 1832 le nombraron profesor de la Academia de Dresde, y posteriormente miembro corresposal del Instituto de Francia.

Entre sus numerosas obras citaremos principalmente las siguientes: el fronton del museo Augusto en Leipsig, los bajos-relieves del patio del mismo museo,



El monumento de Lutero en la ciudad de Worms.

que representan las edades de la vida humana; el fronton del nuevo teatro de Dresde; una estatuilla de Ceres; *Maria llorando sobre el cadáver de Jesus*, grupo colosal encargado por el rey Federico Guillermo IV; la estatua del célebre agrónomo Thaer, en Leipsig; la de Lessing en Brunswick; las de Schiller y Goethe, en Weimar; la *Pieta*, grupo de mármol; el *Angel del Cristo*, bajo-relieve; el *Amor domando a una pantera*; el *Amor arrebatado por una pantera*; los bustos de Listz, de Lutero, del principe Augusto II de Sajonia-Weimar, etc. Rietschel ocupa un puesto considerable en la historia moderna del arte plástico en Alemania.

El monumento de Lutero debido á Rietschel, representa la glorificación de la Reforma, y toda la Alemania protestante se habia dado cita en Worms el día la inauguración para cantar la gloria de su pontífice. Sin embargo, no hay que atribuir á estas fiestas y á esta imponente manifestación un carácter exclusivamente religioso. Sin duda alguna este habria sido el deseo de un crecido número de pastores protestantes; pero el pensamiento que presidió á esta construcción nacional como á la organización de las fiestas, fué inspirado por un espíritu filosófico y liberal, y esto es tan cierto, que el burgomaestre de Worms, que es católico, fué uno de los oradores que hablaron durante la ceremonia.

El monumento en sí, expresa completamente este espíritu de independencia del pensamiento.

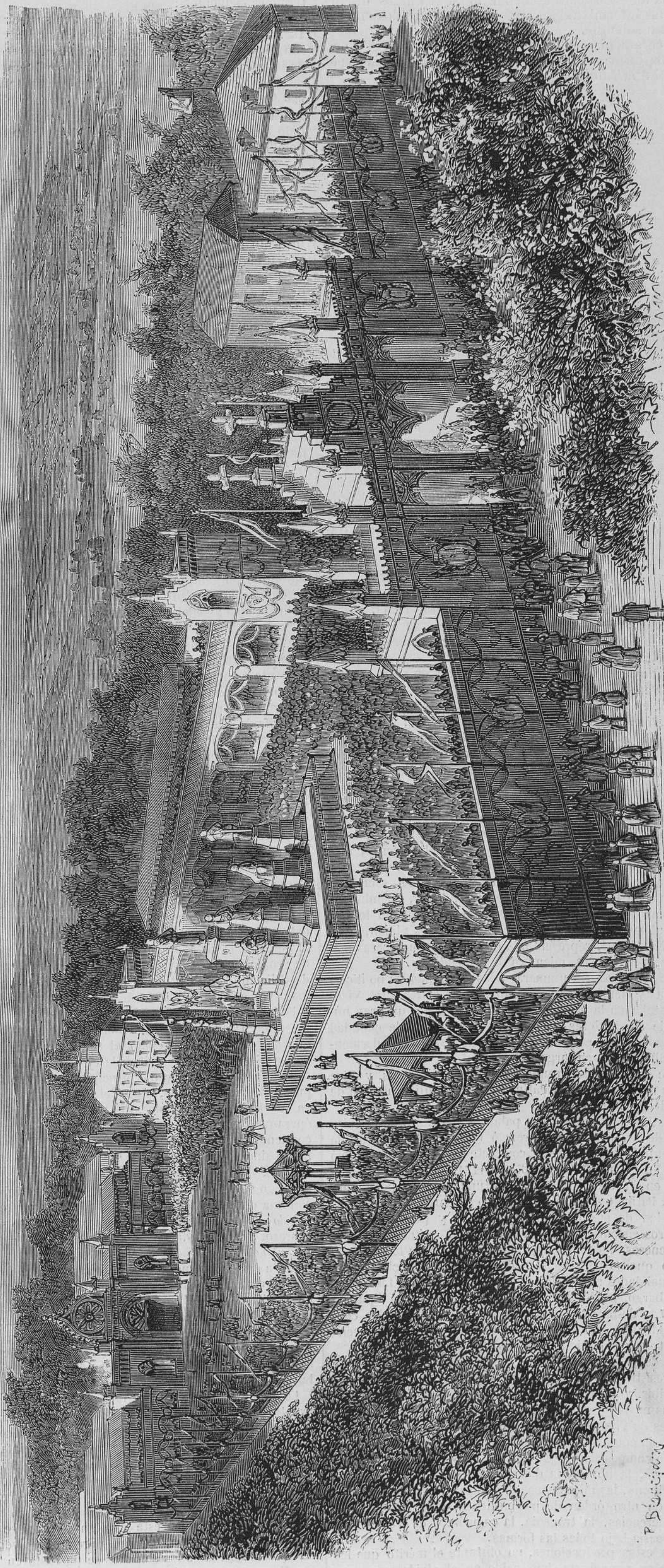
En medio del grupo sobre un alto pedestal se ve á Lutero representado en el momento en que pronunció estas palabras el 18 de abril de 1521 en la dieta de Worms: «No puedo sino con el auxilio de Dios.» Sobre el zócalo del pedestal, cuya parte alta está adornada de medallones dedicados á los principales de la reforma, y cuya parte baja ofrece algunas escenas de la vida de Lutero y los blasones de los ocho firmantes de la confesion de Augsburgo, están sentados, cuatro precursores de la reforma, que representan á la vez cuatro nacionalidades, á saber: á la derecha Juan Huss y á la izquierda Savonarola; detrás están Wiclef y Pedro Valetto. Estos dos últimos no aparecen en nuestro grabado.

Cuatro grandes estatuas en pié rodean la estatua principal de Lutero. A la derecha del espectador Felipe de Hesse, llamado el Magnánimo, en una actitud enérgica y con la mirada dirigida al cielo; detrás está el pacífico Melanchton. A la izquierda y en primer término Federico de Sajonia, llamado el Sabio, y detrás Euchlin, haciendo ostentación de su fuerza. En estos cuatro personajes el artista caracterizó vigorosamente la fuerza que prestó tan poderoso auxilio á la reforma. En los intervalos de las estatuas en pié, hay sentadas mujeres simbolizando tres ciudades que por sus actos y sus padecimientos, ligaron sus nombres al hecho histórico de la reforma. A la derecha Magdeburgo de luto y con la espada rota. A la izquierda Augsburgo con la palma de la victoria y la hoja importante de la confesion que lleva su nombre. En el fondo Spira recordando el acto al que los cristianos evangélicos debieron el nombre de protestantes, nombre que todas las iglesias de la confesion evangélica ostentan como un título de honor en sus banderas. Esta última figura se halla tambien oculta en nuestro grabado detrás del pedestal de Lutero.

Vemos pues, que la obra artística que ha sido ejecutada cuidadosamente, tiene cierto carácter de grandeza. La Alemania ha hecho de la inauguración de este monumento una fiesta que debía impresionar vivamente á los ánimos, y el rey de Prusia, que comprendió toda la importancia de esta manifestación, presidió en persona la ceremonia.

La presencia del rey de Prusia aumentó naturalmente la afluencia de curiosos, y con efecto, la muchedumbre de espectadores era enorme. El rey Guillermo tenia en su derredor al rey de Wurtemberg, al gran duque de Hesse-Darmstadt, al grand duque de Sajonia-Weimar, á un hermano del gran duque de Baden y á una princesa.

Las fiestas de la inauguración comenzaron el martes 24 de junio, y se conti-



ALEMANIA. — Inauguración del monumento de Lutero en Worms.

P. S. ...

nuaron en los días siguientes. Declaramos sin ambages ni rodeos que es preciso poseer en alto grado la paciencia alemana para escuchar hasta el fin los discursos y los interminables sermones pronunciados en ocasión tan solemne.

La ceremonia concluyó, como es de esperar, con una ovación hecha al rey Guillermo, que fué saludado por la multitud como emperador de Alemania.

H. V.

Revista de París.

La corte imperial continúa en Fontainebleau, y según las últimas noticias, la emperatriz Eugenia y el príncipe imperial pasarán un mes más en esta residencia, en tanto que el emperador esté tomando las aguas de Plombières. Al mismo tiempo, los cronistas del mundo oficial anuncian un viaje de la emperatriz a Islandia; pero estos proyectos de excursiones de la emperatriz al extranjero aparecen con tanta frecuencia en las columnas de los diarios, que en el día es de toda necesidad ponerlos en cuarentena.

Esta semana el mundo de las letras ha estado de luto por la muerte de M. Viennet, el decano de los académicos, que ha fallecido a la avanzada edad de más de noventa años. Sus obras no son numerosas; M. Viennet no se distinguía por esa fecundidad que parece como una ley de existencia en los escritores de nuestros días; hé aquí el catálogo de sus obras completas:

Aspasia y Pericles, ópera en un acto (1820); *Clodoveo*, tragedia en cinco actos (1820).

Alejandro, Aquiles, Sigismundo de Borgoña, Arbogaste, los Peruanos, cinco tragedias en cinco actos (1813-1825).

Dos libretos de ópera, que no llegaron a representarse, y se titulan: *Sardanápalo* (1823); *el Torneo* (1824).

Arbogaste (1842) no tuvo más que una sola representación, y ha sido el blanco de todas las burlas dirigidas contra el clásico académico.

Los Juramentos, comedia en tres actos y en verso, representada en el Teatro Francés en 1839.

También se dice que ha dejado una tragedia titulada *Constantino*, en la cual trabajaba asiduamente, y dos volúmenes de Memorias. Por último, escribió igualmente varios opúsculos y un tomo de fábulas, que más que las producciones ya citadas le ha dado fama de poeta y de hombre de ingenio.

El martes último se celebraron con gran pompa sus funerales en la iglesia de la Magdalena. Precedía al fúnebre cortejo un destacamento de cien hombres de la guardia nacional, mandado por un comandante de batallón, y otro destacamento de soldados de línea cerraba la marcha.

Llevaban las cintas del féretro: M. Villemain, secretario perpetuo de la Academia francesa; M. Patin, miembro de la misma Academia y decano de la facultad de letras; M. Roulleaux-Dugage, ex-prefecto; M. Jules Simon, diputado; M. Allegri, representante de las logias escocesas masónicas, y M. Mignet, miembro de la Academia.

Imposible nos sería enumerar a las notabilidades políticas, literarias y científicas que figuraban en el entierro. M. Viennet contaba en la sociedad parisiense, si no un gran número de admiradores, al menos una considerable cantidad de amigos, que se había granjeado con su nunca desmentida afabilidad en su larga carrera.

Sobre su tumba se pronunciaron varios discursos, y entre ellos es notable el de M. Patin, que habló allí a nombre de la Academia francesa.

M. Patin trazó en sentidas palabras el cuadro de la existencia de M. Viennet, nos refirió la ignorada historia de su juventud, cuando por su conducta como soldado recibió la cruz en el campo de batalla en 1813, y se vió un momento en la vía de una alta fortuna militar; pero aquí, dice M. Patin, «se cerró desde luego su carrera por la poca elasticidad de sus opiniones políticas, y posteriormente, bajo otros sistemas no menos recelosos, su independencia y su generosa indocilidad de pensamiento y de lenguaje en todo lo que no pertenecía al dominio de la disciplina, no eran cualidades muy propias para llevarle a la fortuna.» Sin embargo, M. Viennet figuró en política como diputado en 1827, y desde 1840 como par de Francia; pero las contrariedades que hubo de sufrir en su vida pública, concentraron toda su actividad en el cultivo de las letras.

«Desde su juventud, añade M. Patin, se sintió dotado de una irresistible vocación hacia las letras, y no cesó nunca de escribir, y sobre todo de escribir en verso, a bordo de nuestros navíos y en nuestros campamentos; tanto en los pontones de Plymouth como en las cárceles austriacas.»

M. Patin enumera después rápidamente los diferentes géneros de composición a que se dedicó el difunto académico: la historia, la novela, la disertación crítica, los discursos de la tribuna, las misceláneas filosóficas, morales y literarias, y en otro orden de producciones, objeto natural de sus preferencias, la tragedia, la comedia y el drama, esto es, la poesía bajo todas las formas.

Todas estas producciones, no obstante el mérito que les atribuye su panegirista, han caído en el olvido más profundo; pero lo que seguramente tendrá más vida, son sus

epístolas, sus sátiras y sus fábulas, cuya superioridad sobre todas sus demás obras confiesa el mismo M. Patin en los términos siguientes:

«Las primeras, que tienen cada una su fecha, y que de 1803 a 1858, abrazan un período de cincuenta y cinco años, son como una crónica animada y chistosa, a veces brillante, de nuestras miserias políticas, morales y literarias durante medio siglo. Además, pueden considerarse también como sus Memorias íntimas, por la expresión espontánea y verídica de los sentimientos que de año en año se han sucedido en el alma del poeta. No se refleja de un modo menos notable su personalidad en sus fábulas, otras sátiras cuya ingeniosa intención y graciosa forma recuerdan sin desventaja los apólogos de Arnault, y que le colocan en el mismo puesto entre los más dignos herederos de Lafontaine. Bien se ha visto en las interesantes lecturas que hizo de muchas de estas fábulas M. Viennet en las sesiones públicas del Instituto: el auditorio simpatizaba a la vez con el autor y con su obra.»

Esto es lo cierto: una fábula de M. Viennet era una fiesta para la Academia, como lo era también para el público, que la esperaba siempre con deseo.

Pasemos a otras materias. Para este último negocio el capitán se valió de su hermano, y entrambos han comparecido últimamente ante la justicia por delito de estafa.

Los defensores trataron de atenuar los cargos, lo que hicieron con sagacidad y talento, y el tribunal no condenó a Juan Luis Negroni sino a un mes de cárcel y 3,000 francos de multa y a su hermano a quince días de cárcel y 500 francos de multa.

Así concluyó este cuento de las *Mil y una Noches*.

Seguimos sin nada particular que anunciar a nuestros lectores en materia de teatros. Si se habla de algo en el día es de ajustes para la temporada próxima, noticias en el aire que hoy se dan como ciertas y se desmienten mañana. En lo que sí parecen acordes los noticieros, es en señalar la exageración de los sueldos que piden los artistas. Un cantante que no gana más de 100,000 francos al año se tiene en muy poco; los privilegiados del público no conocen límite en sus exigencias pecuniarias. La Cristina Nilsson ha encontrado en la Ofelia de *Hamlet*, el punto de partida para ajustar sus pretensiones a las de la Patti. Dícese que no quiere escriturarse por menos de 180,000 frs. anuales, y en la presente estación de verano cuantas veces la piden su concurso para las funciones teatrales de las ciudades de baños frecuentadas por la aristocracia europea, su contestación es la tarifa de Adelina Patti.

Ahora bien, la Adelina Patti, que será marquesa de Caux dentro de pocos días, tiene contratada para la temporada próxima que la aseguran la friolera de 400,000 francos. En estos ajustes hay algunos, como el de Homburgo, donde se estipulan 5,000 francos por cada representación. Luego hay que añadir los conciertos, las soirées y sobre todo los regalos, que en ciudades como San Petersburgo entran por mucho en el balance de las ganancias.

Así, puede suceder muy bien que el teatro de la Grande Opera se quede sin la Cristina Nilsson una vez concluida la actual contrata. Entre tanto, como este teatro tiene necesidad de dar funciones durante el estío por no privar a los extranjeros que visitan París del magnífico espectáculo que, al menos a la vista, se ofrece allí siempre a la admiración de propios y extraños, ha vuelto a poner en escena la ópera de Feliciano David, titulada *Herculano* que se cantó por primera vez en el año 1859.

Feliciano David es un compositor que viajó mucho por Oriente y trajo de aquellas comarcas ciertas impresiones que han venido a ser como el sello característico de sus obras. Su oda sinfónica titulada el *Desierto*, fué aplaudida con exageración, y ella dió principio a su gran fama. Después del *Cristóbal Colon*, obra del mismo estilo, aunque no ya con tantas pretensiones, dió al teatro la *Perla del Brasil*, ópera-cómica bastante monótona en su conjunto, pero que contiene piezas de mérito que no solo la salvaron del naufragio sino que la dieron una vida propia que se prolonga todavía.

Luego quiso penetrar en la Academia Imperial de Música con una obra sorprendente, y eligió por asunto el *Fin del Mundo*; pero habiendo parecido este argumento sobrado escabroso, debió satisfacer su ambición con la catástrofe de *Herculano*.

En la época en que se estrenó esta partitura dijimos ya que el aparato escénico era el principal atractivo de una composición musical en donde son tan escasas las melodías; nada pues tenemos que añadir a lo dicho entonces sino que la Battu hace con gran aplauso el papel de Lilia, y que los demás artistas de canto y de baile que desempeñan las partes principales justifican los elogios que les tributa el público.

La crónica judicial suele descubrir misterios y referir aventuras que jamás sería capaz de urdir la imaginación del novelista. Por ejemplo, esta semana nos ha contado con largos pormenores la odisea de un capitán de infantería llamado Juan Luis Negroni que estuvo en la expedición de la China y en la invasión de aquel célebre palacio de Estío cuyas maravillas han diseminado por todo el mundo los soldados de Francia y de Inglaterra.

En medio del saqueo este capitán Negroni se encontró, según cuenta él mismo, con una porción de jóvenes beldades que al acercarse los soldados se pusieron en fuga.

«Una sola se quedó en pie, dice el capitán, parecida a una hermosa estatua, como mirándome sin verme.

«Cortado y confuso en presencia de tan sublime hermosura, creí ver un ser celeste... Vestía un ropaje de raso amarillo imperial, bordado de oro por encima, con un manto ligero de crespon de China, fondo de color de rosa y orlado con un feston de cachemira blanco, todo sembrado de piedras preciosas. Su tocado, de un verde claro estaba guarnecido de perlas que caían a los lados y le cubría únicamente lo alto de la cabeza, de donde se escapaba una cabellera negra de reflejos voluptuosos apenas contenidos en una redcilla de plata.»

Hé ahí el retrato que traza el capitán Negroni de la encantadora prisionera que apareció a su vista.

El capitán la hizo comprender que estaba dispuesto a salvarla, pero que era preciso apresurarse; y entonces la emperatriz favorita, pues Negroni asegura que era ella, como despertándose de una pesadilla, guió al capitán con paso precipitado hacia el fondo del parque cerca de una reja que una de sus doncellas abrió inmediatamente.

Ya estaba libre.

Pero en aquel instante la agradecida princesa no quiso disfrutar de su libertad sin dejar a su salvador una muestra de su reconocimiento, y efectivamente, tomando de mano de una de sus damas un objeto envuelto en una funda de raso, se le entregó con una expresión angélica.

El capitán estaba en el quinto cielo.

Sin embargo, muy luego se decidió a examinar el misterioso presente.

Era una arquilla de guardar joyas, toda de oro, enriquecida de gruesas perlas, magníficos zafiros, rubíes, esmeraldas, formando un mosaico de una riqueza extraordinaria y que encerraba una colección de piedras preciosas de un valor incalculable.

¡Digno presente de una soberana!

Llegado a Europa el capitán, publicó esta historia dando la nomenclatura de las alhajas y objetos preciosos que la cajilla encerraba; según él afirma, había por un valor de sesenta millones de francos.

Inmediatamente el capitán dió su dimisión y se consagró a buscar compradores para sus piedras preciosas.

Muy luego entró en París en relaciones de negocios con un tal M. Ibry, que el 23 de marzo de 1867 le vendió por 300,000 francos una casa situada en el boulevard de Sebastopol y le prestó 130,000 francos reembolsables el 23 de enero de 1868.

Negroni le dió en prenda una porción de alhajas tasadas por él en 472,000 francos.

Entre estos objetos había un brillante, al que se señalaba un valor de 250,000 francos, que era lisa y llanamente un pedazo de vidrio.

Operaciones de estas hizo varias, y entre ellas citaremos una cuya víctima fué M. Olivier, que le prestó 20,000 francos tomando en prenda supuestas alhajas, a las que se daba un valor de 100,000 francos.

Estos artistas de la Grande Opera deben considerarse muy dichosos con tener un público. Los del Teatro Francés, cansados de trabajar ante una sala vacía, han apelado este verano a un recurso extraordinario, cual es el de emprender un viaje por los departamentos para representar las obras principales de su repertorio.

El administrador M. Eduardo Thierry dirige esta excursión departamental y determina las piezas de la literatura antigua y moderna que deben representarse.

Los artistas son: Señoras Favart, Victoria Lafontaine, Brohan, Dinah Félix, María Roger, Riquer, y señores Delaunay, Lafontaine, Talbot y los hermanos Coquelin.

Por último, el itinerario es el siguiente: Tours, Nantes, Lyon, Burdeos, Tolosa, Marsella, Nimes y Montpellier.

Una vez en la vida se habrá podido aplaudir con toda justicia a una compañía de cómicos de la legua.

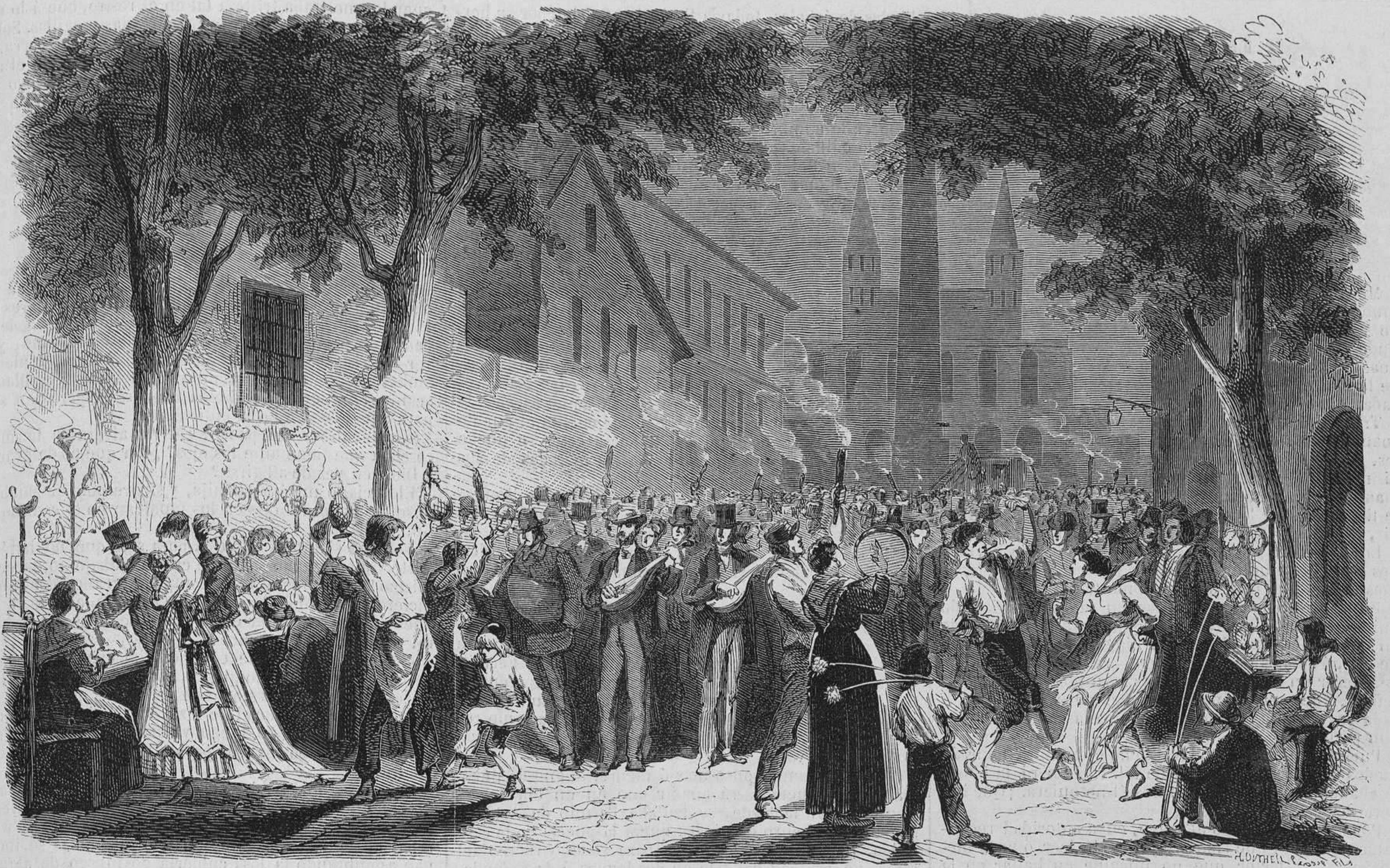
MARIANO URRABIETA.

Poesías.

LAS HOJAS DE MI JARDIN.

(A MI AMIGO J. C. ARBELÁEZ.)

Hojas que volais marchitas
En torno al árbol nativo,
Arrancadas por los vientos
Del invierno oscuro y frío,
¿Por qué vagais ufanas
Buscando a su sombra arrimo
Cuando él no os dará ya vida
Y es otro vuestro destino?
¡Es verdad, el árbol padre
Lloró y lanzó cien gemidos
Al sentir que os arrancaban
De entre sus brazos amigos!
¡Y ese llanto derramado
El mundo llamó rocío
Ignorando que natura



ROMA. — Fiesta popular en la noche del 23 de junio.



Presenté par le S^r Chocolat Lun des Vainqueur de la Bastille — Siege de la Bastille Representé Au Naturel le 17 juillet 1793

CURIOSIDAD HISTÓRICA. — Fac-simile de un dibujo copiado del natural y que representa la toma de la Bastilla.

Laurac bat (1).

Aquella mal entendida máxima de que Dios se explica en la voz del pueblo, autorizó á la plebe para tiranizar el buen juicio, y erigió en ella una potestad tribunicia, capaz de oprimir la nobleza literaria.

(Padre fray Benito Gerónimo Feijóo y Montenegro. — Discursos. — Voz DEL PUEBLO.)

Mientras el hombre exista, habrá discordia en el mundo, entregado por Dios á las disputas de los hijos de Adam. De esa suerte, en todo pueblo habrá á menudo discordia; pero si en él prevalecen ilesas las antiguas calidades, sus hijos sabrán ir á una en tratándose de la honra de la patria, solo á tamaño precio conservada.

Triste y sin consuelo es la desventura de un pueblo cuando lo contrario sucede. Nacer en tiempos semejantes, criarse en ellos, vivir llorando la encubierta y mal disimulada enemidad del vecino, y aun del propio hermano; ver diariamente en el rostro del que por vencido se tiene, saña en lo presente y amenaza para lo porvenir, ¡triste es y miserable vida en verdad!

Los españoles hemos perdido ya el cariño de hermanos con que se miraron nuestros padres. ¡Hoy no tenemos ánimo sino para odiar... como Cain!

En armas, ciencias y letras, en la vida social, do quiera, en suma, prevalece lo que por acá hemos dado en llamar política. No espere ningún español librarse de ella, á menos de no vivir emparedado. En vano ha de querer un escritor conservar á su pluma inocente y señora, pues cuando menos lo imagine la hallará colocada por mano ajena en esta ó aquella fracción de algún partido.

Puesto que así sea, todavía tiene el hombre honrado modos de merecer nombre de tal. Ni Dios ni la honra le abandonarán jamás, mientras él no quiera. ¡Qué importa lo demás!

Por eso pedimos, no al vulgo, cuya autoridad rechazamos siempre, que siempre juzga sin leer ó poco menos; pero al lector, que no imagine en hallar en la relación ó novela que va á leer el eco de pasiones ó intereses personales de ningún género.

Muchos de los que al presente escribimos somos ya posteridad para las desventuras que acompañaron y siguieron á la guerra civil. Bien podemos ir abriendo el camino. Llegue, en tanto, el Walter Scott que parte de nuestra región del Norte espera (2).

No há mucho nació allende el Ebro una idea generosa, á cuya sombra tal vez hubo quien temió hallaran abrigo bastardos intereses. Tratábase de estrechar la unión entre las provincias Vascongadas y Navarra. Ajena á toda intención de partido, la idea era buena, y lejos de perder con el tiempo, con el tiempo medrará. Parcialidad en nosotros, si alguna pudiera haber, no sería á favor de Navarra, de donde venimos por nuestra madre; pero el cariño se reparte por igual.

Hoy el pueblo vasco, al defender sus fueros, defiende la libertad futura, no menos que la tradición meramente española. Semejante libertad, en vez de mirarla con ratera envidia, debemos anhelarla para nosotros y hacer cuanto esté en nuestras manos para merecerla. Que así se merezca la libertad nunca otorgada.

Entre tanto, ¿no ha de haber mas entusiasmo que para gritar *viva ó muera*? No ha de ser lícito á los que de corazón amamos las letras, amarlas en paz? Voz del corazón nos dice que no... por ahora, al menos. Suceda, pues, lo que Dios quiera; ancho y abierto para todos, es el campo del arte, y donde el vulgo ve un juguete, tal vez halla el ingenio poderoso remedio al abatido espíritu del hombre.

En todo tiempo querrá el vulgo oprimir á la nobleza literaria, teniéndose por árbitro de la razón. Los que no reconocemos nobleza superior y á ella aspiramos, — aunque ciertos de no alcanzarla jamás — bien podemos tener el atrevimiento de pedir no se lea en cuanto escribimos, mas de aquello que digamos, ni menos tampoco.

A muchos parecerán demasiado largos estos renglones, otros no los juzgarán del todo inoportunos. A nosotros nos han parecido necesarios. Como el caballero de la edad media, que antes de arremeter sabía el peligro que arrostraba, hoy, el escritor de buena fe, aunque tema — ¡qué mayor dolor para él! — ver esta negada, debe ir á la pelea seguro de la bondad de su causa y gritando con ánimo sereno y el corazón sin mancilla:

A la rescousse!

I.

LA CASA DE ARTECHE.

Mas allá de Lizarza, como quien va desde Tolosa á Pamplona, y ya en territorio navarro, hay un cerrillo que, si bien rodeado de enhiestas cumbres en parte po-

(1) *Laurac bat*: las cuatro son una.

(2) El señorío de Vizcaya no le necesita ya, pues tiene al insigne y modesto *Trueba*.

bladas de árboles, todavía llama la atención por su hermosura.

Corre á sus piés un raudal, que despues de atravesar á Lizarza desagua en el Oria. Producen sus fértiles laderas abundante maíz y escaso trigo, medrando á trechos desde cierta altura, castaños y frutales, mientras señorea la cumbre el caserío de Arteché (1). Es este, vetusto edificio, construido sobre los restos de una antigua torre del propio nombre, arruinada á fines del siglo XV. Demuestran el antiguo origen los mohosos y negros sillares de la parte inferior, sobre los cuales se alzan paredes modernas de diversos materiales, siendo de tablas los que corresponden al segundo piso, comprendido en el fronton que vienen á formar ambas caídas del tejado.

Además, y como perpetuando la tradición heráldica de la torre de Arteché, ostenta hoy el caserío, sobre la puerta de entrada, nobilísimo escudo de piedra de tiempos de Carlos V, cual podrían codiciarle para sí las nueve décimas partes de los coches que huellan las calles y paseos de Madrid, á ser los coches capaces de codicia. Tiene, en suma, nuestro caserío aquel aspecto de altiva y leal independencia, propio de cuanto al pueblo vascongado pertenece, y que en pocas cosas se puede hallar tan de manifiesto como en las moradas de sus hijos.

Cierto, sin presumir de adivinos, ni pecar de lisonjeros, bien podemos decir que desde luego da en los ojos la diferencia que se advierte entre los mas pobres caseríos de la tierra vasca y los de otras tierras, cuya desventura las robó há ya siglos la libertad y el gobierno de sus hijos.

Por los años de 184... era el *Etcheco-Jauna* (amo, señor de la casa) de Arteché un anciano de mas de setenta años, si bien á lo sumo representaba sesenta; que tales eran su robustez y agilidad. Apenas tenia Fermin de Arteché una arruga en el rostro, ni canas en las largas guedejas de su oscuro cabello. En su erguido continente, anchos hombros y ademan por extremo resuelto, hallara un buen pintor el verdadero prototipo del generoso vasco.

Ya que sabemos, poco mas ó menos, el año de nuestra historia, fuerza será añadir que en un día de setiembre, por la tarde, se hallaba Fermin de Arteché sentado en el poyo de piedra que á la puerta de la casa habia. Lugar mas á propósito para solaz y recreo del alma, no era fácil hallarle en dos leguas á la redonda.

Los montes que separan á Navarra de Guipúzcoa, forman, en efecto, por aquel lado una angostura ó desfiladero, á que ciertamente debieron el nombre la torre de Arteché, y al presente el caserío. Como el rostro, la sangre y el idioma lo demuestran, no corta por este lugar la extensión del pueblo vascongado la antigua frontera política del reino de Navarra. Desde el caserío de Arteché hasta el pié del Pirineo, por ejemplo, son los hijos de esta tierra, aunque navarros, no menos vascos que desde Arteché á Tolosa. La tierra es tambien la misma, los montes semejan perennes olas del mar, los valles y laderas verdegean, y los hijos de *Aitor*, que vibian en Alava, Guipúzcoa y Vizcaya, se extienden tambien por los montes y campos de Navarra.

El *Etcheco-Jauna* de Arteché veia desde su asiento de piedra su propiedad entera. Mas allá del arroyo que la rodeaba en parte, seguia por las revueltas de la cañada el camino de Guipúzcoa á Navarra, y todo en torno formando colosal gradería, se alzaban hermosísimos cerros, vestidos de espesura y caseríos, cuyas fachadas ocultaban á veces las agrupadas copas de los árboles. Pero ni el apacible aspecto de los campos, ni la serenidad del cielo, ni el saludable ambiente eran parte á dar alegría al rostro del anciano.

Era este viudo, hacia ya muchos años, y tenia un hijo y una hija; aquel habia sido jefe en el ejército de Don Carlos, cual se podia ver en la levita con galones de comandante, que á menudo se ponía para trabajar en el campo. Caso, que á ser único, podrian haberle tenido en otra parte por propio de algún hombre falto de juicio, pero que en el pueblo vasco-navarro (sea dicho en honra suya), se vió por muchos años despues, con harta frecuencia, en los muchos jefes y oficiales que no quisieron continuar en el servicio al acabarse la guerra. Llamábase el honrado hijo de Arteché, Francisco, ó mas bien Pachico, segun la equivalencia familiar de aquel nombre, y era, como jóven, vivo trahante de lo que el padre debió de ser en la propia edad.

De estatura mas que mediana, gallarda, y por extremo esbelta, era la hija del *Etcheco-Jauna*. Llamábase Mari-Cruz, y así como en el airoso cuerpo, mostraba en el rostro ser hija de la hermosa raza vascongada. Tenia el rostro ovalado, la frente ancha, despejada, y un tanto estrecha la barba, si bien por extremo graciosa; los pardos ojos mostraban, al propio tiempo, el apacible, y á veces altivo mirar de una reina, cuyo carácter se advertia igualmente en los sonrosados labios de la jóven.

Ya hemos dicho que Arteché se hallaba viudo. Su esposa era natural de la jurisdicción de Lizarza, y por lo tanto, guipuzcoana; de ese modo, y aun cuando la extremada cercanía y hermandad de la sangre, no hubieran contribuido á ello, hallábanse unidas por estrechísimo parentesco, no pocas familias de Lizarza con las de nuestros conocidos.

En los montes de Guipúzcoa tenia el anciano puestos los ojos, sin llevar á otra parte la mirada, como no fuese hácia el camino que de Guipúzcoa venia. De vez en

(1) *Arteché*: casa en la angostura, en el desfiladero.

cuando, mostraba tristeza tal en el rostro, que á lo mejor corria una lágrima por sus atezadas megillas. Solo y en silencio permanecía el *Etcheco-Jauna*; ni cerca, ni lejos de él se advertia el menor movimiento, ni el mas leve rumor, salvo el perenne murmullo del arroyo y el lejano y casi apagado chirrido de alguna carreta por las apartadas revueltas del monte.

II.

LOS DOS AMANTES.

Airosa como la caña de largas hojas que mecen las aguas del rio, gallarda como el haya de las cumbres del Pirineo, sonrosada cual las manzanas del huerto de su padre, mostróse Mari-Cruz á la puerta del caserío, y al ver la tristeza del anciano, se llegó á él, y poniendo ambas manos en sus hombros, exclamó con blando acento, en el apacible idioma euskara, áspero tan solo para aquellos que no le entienden.

— ¿Qué tiene mi padre? ¿No le alegra la hermosa cosecha que tiene ante los ojos? ¿Por qué no da gracias á Dios, en vez de afligirse?

El anciano miró á su hija, y sin responder palabra, puso de nuevo los ojos en los montes y en el camino de Guipúzcoa.

— Como siempre, dijo esta para sí; ¡qué no hará el triste viejo, cuando á mí me cuesta trabajo no hacer lo mismo! ¡A lo menos él se complace en recordar lo que hicieron los soldados de Don Carlos, mientras yo no puedo, ni debo pensar en el único hombre que ha sido mi primero y único amor!

— Y Pachico, ¿dónde está? dijo al cabo el anciano. Le tengo dicho que no quiero nada con gente de Guipúzcoa, y él... so pretexto de ver á sus parientes, no sabe mas camino que el de Lizarza. ¿No hay otros pueblos á donde ir? ¿No tengo yo parientes en Navarra? ¿O no teneis vosotros mas parientes que los de vuestra madre?

Mari-Cruz, que habia separado los brazos, tornó cariñosamente á ponerlos en los hombros de su padre, y en aquella postura, mientras caia su larga trenza á la espalda, semejava esbello sauce, cuyas ramas se inclinan asombrando la losa cubierta de musgo de alguna sepultura, ya olvidada.

— Padre mio, ¡hay grandes novedades por Guipúzcoa! exclamó la jóven.

— ¿Y qué le importa á mi hija lo que pasa en Guipúzcoa? repuso el anciano.

— Como no habia qué hacer en casa, tal vez Pachico haya ido...

— ¿A Lizarza? Pues eso es lo que yo no quiero. Los de ese pueblo son tan falsos como todos sus paisanos... y quiera Dios que mis hijos no se parezcan á la gente de su madre mas que á la de su padre.

La jóven se sonrió, entró en la casa, y sacando un escaño de madera, púsose en él al lado de su padre. Mas como este permanecía en silencio, y mirando hácia el camino, la jóven tornó por una rueca y comenzó á hilar, atendiendo, á la par que á su trabajo, al buen anciano. Al cabo este exclamó:

— ¿Dicen que tu primo José María está en Lizarza?

La jóven se puso pálida, y despues de breve pausa, respondió:

— Eso dijo ayer Pachico.

— Hijo es de un hermano de tu madre, y para mí la persona á quien mas queria en el mundo, despues de vosotros; hasta el día del convenio de Vergara. Desde entonces, José María dejó de ser pariente de la casa de Arteché.

Mari-Cruz inclinó el rostro para mirar el uso, conteniendo á duras penas un suspiro.

Recordaba la triste jóven que, á poco del convenio y despues de hecha la paz, José María de Ugarte, que á la sazón se hallaba con licencia en su casa, habia ido un día á ver á su prima.

Amábanse los dos jóvenes desde la infancia, y apenas vió María á su primo, corrió al punto á abrazarle. Juntos y de la mano subian por las revueltas que llevan desde el camino hasta el caserío de Arteché, cuando el padre de la jóven se presentó cerrándoles el paso. Mari-Cruz y José leyeron en el rostro de su padre y tío la sentencia que les condenaba á eterna desventura.

El anciano estaba pálido como un muerto: breve rato permaneció en silencio, y al cabo dijo á su sobrino:

— José María, el *Etcheco-Jauna* de Arteché no despiere á nadie de su casa... pero es dueño de tratar con quien mejor le parezca... Desde hoy en adelante solo tendré por parientes ó amigos á aquellos que hayan sido fieles al rey... Mi hijo, avisado á tiempo por su padre, ha dejado las armas, ya que no podia hacer otra cosa... Y tambien porque muchos compañeros de armas le habian dado ejemplo en los campos de Vergara. Pero mi hijo se retira de paisano á su casa á labrar las tierras de su padre...

Era José María, de carácter muy alegre y decidido, y respondió al punto:

— Lo mismo haria yo con mis tierras ó las de mi padre, á tenerlas, ó á tener padre, pero como no tengo ni uno ni otro...

— No te pregunto si tienes ó no tienes.

— Pues á Pachico bien se lo ha preguntado Vd., antes de obligarle á dejar el servicio.

— ¡Eres un... deslenguado!

— No, sino un buen hijo. Mi madre está ciega y no

tiene á nadie, ni nada en el mundo mas que á mí. Ya ve Vd. tío, que despues de seis años de guerra no están Guipúzcoa ni Navarra muy sobradas, ni el resto de España está mejor. ¿A dónde voy con mi madre? Cuando la guerra, partía con ella mi ración... porque las pagas ya sabe Vd. lo que tardaban.. Pachico de Arteche labra las tierras de su padre, pero yo no tengo sino mi espada... con que así, tío, prefiero...

— ¡ Ser traidor ! exclamó con ronco acento el *Etcheco-Jauna*.

José María, pálido y temblando de ira, soltó la mano de Mari-Cruz, que hasta entonces habia tenido entre la suya. Era el jóven guipuzcoano alto, esbelto y por demás airoso; su rostro, aunque tostado por la guerra, demostraba ser extremadamente blanco, la nariz aguileña, el cabello y el bigote rubios. Llevaba el traje militar del ejército carlista, con levita azul y boina encarnada, pero sin armas.

José María tuvo la suerte de no hallar la espada, á cuyo lado habia acudido su diestra, pero el anciano advirtió el movimiento y añadió:

— ¡ Bueno fuera que á lo de traidor añadieses el matar al marido de la hermana de tu madre !

— Matárame yo en seguida, repuso con arrebató el jóven. Me voy de aquí... para siempre... añadió saltándosele las lágrimas, y reponiéndose al punto, dijo: Si el *Etcheco-Jauna* de Arteche ha de hallar en su vida hombre mas honrado que José María de Ugarte, hállele en buen hora... Pero advierta que un hombre, ó dos, ó una docena pueden ser traidores. En cuanto á que lo lleguen á ser un pueblo entero y un ejército, diga el *Etcheco-Jauna* de Arteche lo que quiera... Yo no lo puedo creer. ¡ Adios, Mari-Cruz ! añadió el jóven; ¡ adios, Pachico ! dijo á este, que en aquel momento llegaba, vestido con boina y levita semejantes á las de José María. ¡ Adios todos ! exclamó este despues de breve pausa, y desapareció.

Mari-Cruz se quedó llorando.

III.

RECUERDOS Y ESPERANZAS.

Años habian pasado despues de la escena que hemos referido, y no parecia sino que acababa de suceder. ¡ Tan presente la tenian Fermín de Arteche y sus hijos ! Y no que la mencionase nadie en voz alta; pues si estos alguna vez hablaban de ello entre sí, jamás se atrevían á hacerlo delante de su padre, el cual, ni aun habia pronunciado el nombre de José María, hasta la tarde en que esta narración comienza.

Pero se acordaba él. Mas de una vez nombró al jóven soñando, si bien al punto despertaba con el temor de que su hija le oyera.

El anciano atribuía siempre su tristeza al vencimiento de la causa de Don Carlos; pero voz secreta decia á Mari-Cruz que su padre pensaba á menudo en el sobrino. Con todo, harto comprendia la jóven que no era posible tener la menor esperanza.

Desde el día en que Ugarte se despidió de sus primos, nada se habia vuelto á saber de él, sino que todos los meses enviaba parte de la paga á su madre, la cual vivía con una criada que á todas partes acompañaba á la infeliz viuda y ciega.

Si alguna vez los sobrinos se habian atrevido á hablar de ella á su padre, al punto este respondia, que si su cuñada se hallara pobre no habria tenido inconveniente en ampararla, y aun en traerla á su casa; mas puesto que al presente la socorria el hijo, nada tenia que ver con la madre de un...

El *Etcheco-Jauna* habia ido cediendo en lo de pronunciar el epíteto con que al principio reemplazaba el nombre de su sobrino; pero aun habiendo pasado mas de seis años, solo la supresión de la palabra *traidor* habia hasta entonces consentido su inflexible carácter. Fuera de esto, semejante al roble de la montaña, que aun seco todavía levanta la frente y desnudas ramas al cielo, el anciano seguía amando con fidelidad á la causa de Don Carlos, y aborreciendo en proporción á cuantos no pensaran como él; por mas que ya postradas las propias fuerzas y agobiada la tierra vasco-navarra con las tristes resultas de las desventuras pasadas, fuera imposible alzar de nuevo por aquellas siempre sencillas montañas, el pendón de la guerra civil.

En cuanto á sus hijos, el varón pensaba como su padre, si bien, menos inflexible que este, habria tenido el mayor placer en dar un abrazo al *pícaro* de José María. En cuanto á Mari-Cruz... si su hermano deseaba ver al primo, ¿ cómo no habia de desearlo tambien Mari-Cruz? Mas era hija obediente, y ante la órden de su padre, no tenia voluntad sino para obedecer, con lo que Ugarte no existía ya para la hermosa heredera de Arteche.

Tal era el estado en que se hallaba la familia de nuestro caserío la tarde de setiembre, en que hemos dado comienzo á la narración. Pachico, ausente; Mari-Cruz, triste y llorando á escondidas, tal vez habria perdido la salud, y aun la vida, á tener la desventura de habitar en una ciudad.

Mas el aire saludable de las montañas, restauraba las fuerzas que la jóven perdía lidiando con su tristeza, y de esa manera alentada por el deber, aun tenia Mari-Cruz sonrisas y consuelo para su padre, y eterna confianza en el Señor.

No comprenden nuestros campesinos del Centro y Mediodía la fortuna de sus hermanos del Norte. Viven

estos en medio de sus campos; y, ajenos á cuanto á la ciudad se asemeja, solo en los domingos y dias de fiesta se reunen en el átrio de la iglesia, y despues en los breves ratos de solaz de la tarde.

El resto de la semana, viven en familia, sin echar nunca de menos las casas amontonadas en que se complacen, especialmente los castellanos nuevos y andaluces. Estos han de tener las moradas reunidas y formando calles y plazas, mientras los hijos de allende el Ebro y el Duero, se avienen mejor (por su ventura), con tener la casa en medio de la heredad que labran.

Con esto, pueden mirar por sus tierras mejor que nadie, pues siempre las tienen á la vista, y ajenos al triste é insoportable recuerdo de ciudades y villas, que no son otra cosa nuestras poblaciones rurales del Centro y Mediodía, viven la verdadera vida del campo, llegando á la vejez, aun en medio de la mayor pobreza, siempre sanos, robustos y honrados.

Semejante vida, aislada y meramente de familia, no puede menos de mantener ilesos los usos tradicionales y veneradas costumbres antiguas, siendo cada familia archivo viviente de cuanto haya acaecido en la comarca siglos antes.

No es, por lo tanto, maravilla, que si tan presente conservan nuestros montañeses del Norte el recuerdo de lo pasado, recordaran todavía, los habitantes del caserío de Arteche, como si acabara de suceder, la presencia de José María, la acogida que halló, y su desaparición.

Mas ya hemos dicho que nadie se atrevía á hablar de ello en voz alta, y así no pudo menos de sorprenderse Mari-Cruz de oír á su padre pronunciar el nombre de su sobrino.

Creendo, pues, la triste jóven que semejante muestra era indicio de verdadera benignidad para con su primo, habria querido seguir hablando de él, mas no la fué posible, porque el anciano al oír el cariñoso acento con que su hija pronunciaba el nombre de José María, la mandó callar con una mirada de aquellas con que el *Etcheco-Jauna* sabia expresar su voluntad inquebrantable.

En silencio permanecían el padre y la hija; el sol inclinado al ocaso, doraba peñascales de las cumbres y umbrías de las laderas, dejando ya sus rayos de competir con la frescura de las cañadas.

Leve brisa comenzó á sacudir las copas de los árboles; el anciano, con los ojos puestos en el camino de Guipúzcoa á Navarra, alzóse en pié, y cual si se hallase solo, sin advertir que su hija le miraba atónita, exclamó:

« — ¡ Por allí pasaron... la última vez ! El sol de agosto reflejaba en sus lanzas, cuyas banderolas, blancas y encarnadas, sacudia el vientecillo, que por el Oria llegaba desde las playas del mar. Entre el polvo que levantaba el paso de los caballos reflejaban arneses y espadas... De vez en cuando se oía un alegre cantar, que el recuerdo de la casa y tierra natales traía á los labios de algun valiente lancero.

« Jamás olvidaré el camino de Guipúzcoa á Navarra en aquel día. El vientecillo soplabá ya con mas fuerza y ahogando las nubes de polvo en el agua del río, dejó del todo descubierta á cuatro escuadrones... Por aquellas gargantas, me parece ver aun las boinas encarnadas de los lanceros navarros.

« ¡ Como el polvo pasaron; como el viento siguieron adelante; como las nubes se deshicieron para no volver jamás ante mis ojos !... »

IV.

UN PERIÓDICO DE MADRID POR LOS MONTES DE NAVARRA.

Y el anciano inclinó la cabeza, cayendo en su asiento, como el águila, señora del aire, cae al suelo herida de muerte, mas con ojos todavía para ver que sucumbe á los piés del cazador que la hirió.

Mari-Cruz, conociendo el carácter de su padre, apenas osaba moverse, contentándose con mirarle, y temiendo que cayese enfermo. Pocos momentos despues se presentó Pachico, no ya con el antiguo y raído uniforme carlista, sino con el traje de la tierra; chaqueta, ancho pantalon de pana y boina.

Detúvose para respirar, pues venia cansado, en el pequeño espacio llano que habia delante de la casa, y viendo que su padre parecia dormido, llamó por señas á Mari-Cruz. Dudaba esta si habia de levantarse ó no, cuando el anciano alzó la cabeza, y viendo á Pachico, le dijo con voz cansada y mucho mas apacible de lo que se temía el jóven:

— ¿ De dónde vienes ?

— De Lizarza, de ver á mi tia... contestó Pachico resueltamente.

— ¿ Y qué ocurre por Lizarza ?

— Toda la gente está de fiesta, las casas blanqueadas, arcos de ramas y flores por el camino... Un arco hay en la raya de Guipúzcoa, que dice, mirando á Navarra... *Irurac bat.* (1)

— Sin duda esos guipuzcoanos creen que no hay mas *eskaldunac* (vascos) que ellos, los vizcainos y los alaveses. ¿ Pues y nosotros ?

(Se continuará.)

(1) *Irurac bat.*: « Las tres son una. » Sabido es que estas tres palabras son el lema de las tres provincias Vascongadas.

La perdiz y los perdigones.

El sitio es apacible y abrupto. Densos zarzales la constituyen un abrigo y las enredaderas la ocultan á todas las miradas; ni el pilluelo que pasa ni el ave de rapiña pueden verlas: es como un nido en la maleza.

Una perdiz ha introducido en ese refugio á sus perdigones, pues en la llanura contigua no hallaba protección, y escondida en la yerba asiste á sus primeras correrías.

Todos los polluelos, que sin duda han nacido la víspera, andan picoteando entre el musgo para descubrir el grano de mijo ó el gusanillo de que habla el fabulista, y entre tanto sacuden ese vellón fino y primitivo que mas tarde se cambiará en plumaje.

Son dignos seguramente de una mirada. Quizás el uno de ellos ha tenido miedo, pues ha encontrado un monstruo dentro de su concha, algun caracol, y de un brinco se ha plantado encima de su madre, como si hubiese saltado á una torre inaccesible, desde la cual se burla de la cólera de su enemigo.

La madre, sosegada y paciente, permanece escondida en su rincón, y mientras uno de los pequeñuelos se encarama sobre ella, vigila á la jóven familia que tiene en su derredor.

Sin embargo, el macho, el padre de la pollada, parece observar tranquilamente desde una rama lo que está pasando. Aun no ha llegado la hora de la caza, y por lo tanto no tiene que temer la red del cazador furtivo; las malezas protegen á la familia contra las garras del milano, y se encuentra en el dichoso momento en que todo es propicio á los polluelos que salen del nido. Para las primeras experiencias de la vida hay toda una estación durante la cual los perdigones podrán aprender á buscar rápidamente el bosque contiguo, á esconderse en un cercado al menor asomo de peligro, á escuchar, á oír y á desconfiar de todo, del gato que sale de la granja arrastrándose, y del pájaro que se mueve con silencio en la espesura.

El padre ha visto estos peligros, y como los conoce enseñará á sus hijuelos las astucias y prudencia que se necesitan para burlarlos.

Que venga el mes de setiembre y resuenen los primeros tiros. Entonces, preciso es despedirse de la paz y del reposo.

A. A.

El palacio de Cintra.

Todas las capitales tienen su cerco de *villas* y palacios: Viena tiene Baden, Schöenbrunn, Laxemburgo; Berlin tiene Postdam y el palacio de Sans-Souci; Bruselas el palacio de Laeken; San Petersburgo el de Tsarskoé-Sélo; Paris, San German, Versalles y San Cloud; Madrid, Aranjuez, el Escorial, la Granja. No es de extrañar que Lisboa tenga tambien su cinturón campestre: Oeiras, el palacio de Mafra, edificado por Juan V, Loures, que se extiende en medio de los naranjos, Campo Grande, el punto de reunion de la aristocracia portuguesa, Cintra, la poblacion y el palacio. El palacio de Cintra, que es de construcción moruna, se eleva á un cuarto de legua de la poblacion, en la cresta de un monte casi inaccesible, como puede juzgar el lector echando una ojeada al dibujo que publicamos.

La ciudad de Cintra dista de Lisboa unos 20 kilómetros que se hacen en 30 ó 35 minutos por el ferrocarril de Santarem.

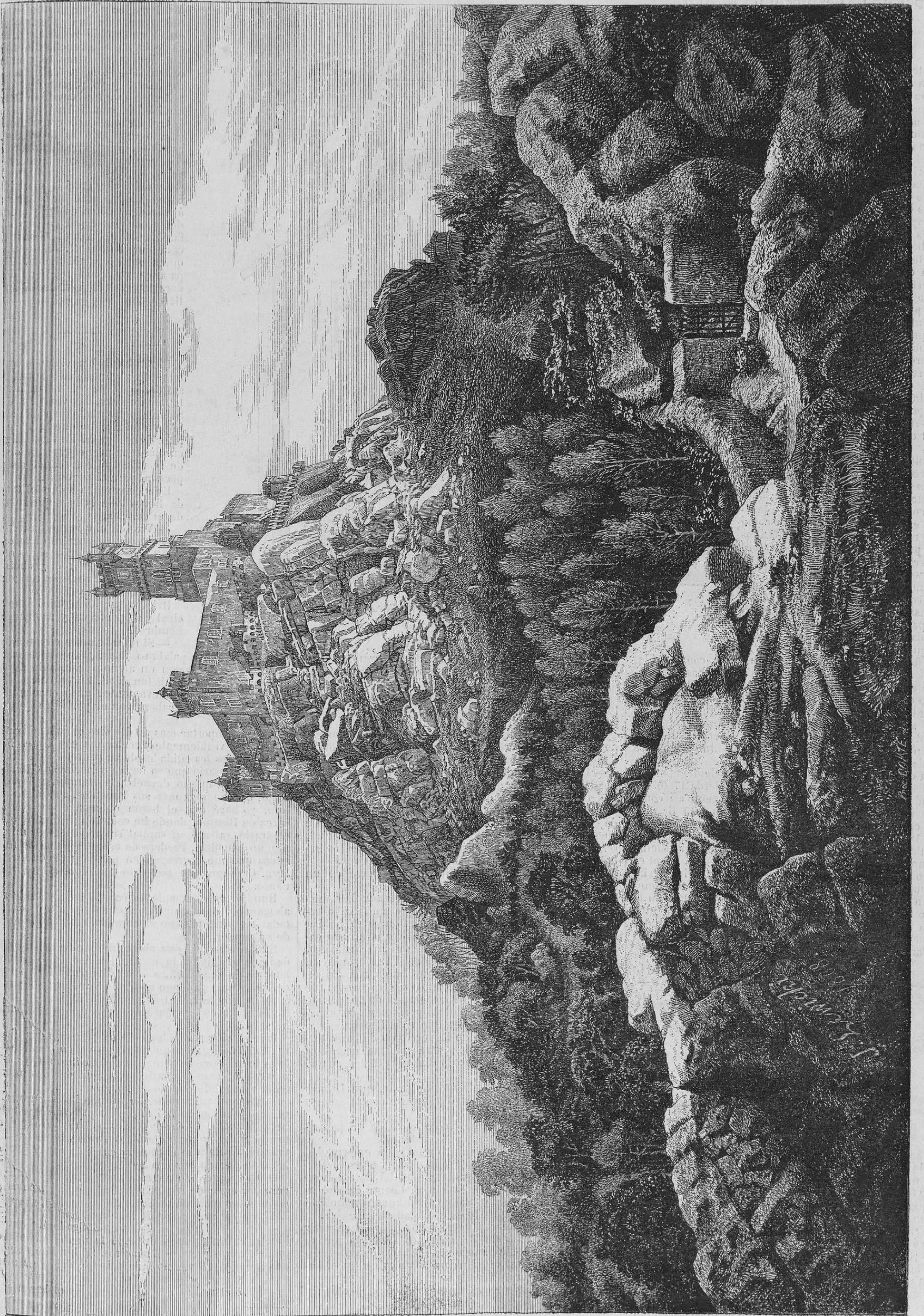
Su situación es de lo mas pintoresco que puede darse, en el flanco del monte cuya cresta pedregosa se ve en nuestro dibujo. Esta cresta la domina á pico, de tal modo, que cuando se recorren las angostas calles de la ciudad ó se atraviesa su plaza, se experimenta cierto temor y se pregunta uno con zozobra si no van á desprenderse de esa cumbre amenazadora algunos peñascos que parecen á punto de caer sobre la cabeza del visitante.

Un cuarto de hora se tarda en ir de Cintra al palacio, que es la gran curiosidad del país, y lo merece, pues en efecto, es uno de los mas notables monumentos de la arquitectura árabe. Sabido es que recuerda vagamente la Alhambra, la perla de Granada, y así es que pasa, y no sin razon, á los ojos de muchas gentes, por la pequeña Alhambra de los reyes moros de Lisboa. Entre otros salones espléndidos (y el número de estos salones es crecido), tiene uno magnífico que llaman indiferentemente la sala de Armas ó la sala de los Ciervos, donde están los blasones de todas las familias ilustres de Portugal. Estas armas cuelgan del cuello de cabezas de ciervos, y de aquí el doble nombre de esta sala, cuya magnificencia es indescriptible.

La restauración del palacio de Cintra, comenzada hace largo tiempo, se halla hoy completamente terminada. Nuestro dibujo representa el lado Norte del palacio; por el lado del Mediodía, sobre la vertiente de la montaña, el gobierno portugués ha hecho añadir al antiguo monumento un ala nueva que ya por sí sola constituye un palacio. Inútil es decir que el estilo de estas nuevas construcciones se halla en completa armonía con el de las otras. Por esta parte se penetra en el palacio de Cintra, despues de haber recorrido un camino sinuoso que serpentea á lo largo de la montaña. Fácil es comprender cuán agradable debe ser esta estancia, en esta época del verano en que Lisboa está abracada por los ardientes rayos de un sol implacable. C. P.



La perdiz y los perdigones.



PORTUGAL. — El palacio de Cintra, residencia de SS. MM. el rey y la reina de Portugal.

Aparato de destilacion.

SISTEMA EGROT.

Este aparato, sumamente sencillo, descansa en el principio de la destilacion en superficie.

Efectivamente, la vaporizacion al aire libre se efectúa tanto mejor cuanto mayor es la superficie expuesta al aire, y, como la destilacion del alcohol, no es otra cosa que una vaporizacion atraída por el calor, teniendo por objeto separar del líquido alcohólico los vapores mas ligeros que arrastran consigo un poco de vapor de agua, y los aceites esenciales que acompañan siempre á los alcoholes extraídos de un líquido fermentado.

La destilacion sobre una grande superficie tiene tambien una gran ventaja y es la de verificarse bajo una presión mas débil, y por consiguiente bajo una menor temperatura que desarrolla menos aceite empirimático, punto de partida de los aguardientes y de las partes acuosas que se sacan por la destilacion.

El aparato Egrot, de destilacion continua, cuyo dibujo damos, se compone de seis platillos de destilacion sobrepuestos y colocados en el interior en espiral, de modo que el vino tiene que recorrer un gran circuito sobre un mismo platillo que le presenta una gran superficie.

Los jugos fermentados al recorrer los circuitos se encuentran despojados con rapidez suma por la disposicion especial de cada platillo, y como hay un corto número de platillos que producen una gran destilacion, la presión es poca.

Los alcoholes salen del aparato con un gusto puro, y todos los líquidos quedan perfectamente purificados.

Las otras piezas que componen este aparato están no menos bien calculadas, ya para calentar el vino antes que se someta á la destilacion, lo que determina una economía notable de combustible, ya porque todas las piezas estando elevadas verticalmente se pueden limpiar con mucha facilidad.

Lo que sobre todo es de notar en el aparato Egrot, es la facilidad con que se le hace funcionar mediante una simple adición: se puede hacer que el aparato Egrot dé alcoholes de alto grado en primera destilacion, y con una modificación un poco mas importante se puede rectificar con el mismo aparato.

La casa Egrot, que construye estos excelentes aparatos de destilacion, existe de padre en hijo desde 1780, habiéndose ocupado siempre en la destilacion; así como en perfeccionar sus modos de fabricacion para llegar á una construccion muy sólida y de las mas perfeccionadas, lo que da á las personas que se dirigen á esta honorable casa toda seguridad sobre el valor del sistema del aparato y sobre su buena construccion. M. Egrot es inventor de muchos aparatos esparcidos en la industria, los cuales han figurado en las principales exposiciones y han sido premiados con una medalla de plata en la Exposicion agrícola de Paris de 1860, con la gran medalla en la Exposicion de Londres de 1862 y con dos primeras medallas de plata en la Exposicion universal de Paris de 1867.

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuacion.)

Después de esta respuesta, Antonio se levantó, el baron le acompañó hasta la puerta y... cosa notable, le hizo un profundo saludo.

No fué efecto de la casualidad, pero en el momento en que Antonio atravesaba la antecámara, Leonor entró en ella.

— ¡Señor Wohlfart! exclamó alegremente adelantándose á su encuentro.

— ¡Querida señorita! dijo él á su vez.

Y los dos se saludaron como antiguos amigos.

En un abrir y cerrar de ojos olvidaron los años que habian trascurrido y volvian á ser, como en otro tiempo, él el caballero, ella la señora de las antiguas lecciones de baile. Se manifestaron uno á otro el cambio que se habia operado en su físico, y mientras se entre-

gaban á esta mutua expansion, sintieron renovarse su afecto como si no hubiera trascurrido tanto tiempo desde su última conversacion.

— Todavía llevais el cuello derecho, dijo Leonor en tono de reproche.

Antonio dobló en seguida el cuello.

— Señorita, ¿conservais todavía vuestro antiguo capuchon? Estaba forrado de seda encarnada y os sentaba á las mil maravillas.

— El que llevo ahora está forrado de azul, dijo Leonor riendo. ¿Sabeis que la condesita Lara se casa la semana próxima? Hace muy pocos dias que hablamos de vos y de nuestro Diario. Eugenio tambien nos ha hablado de vos en sus cartas. ¡No podeis figuraros cuánto me alegro de que hayais conocido á mi hermano! Entrad, señor Wohlfart, es necesario que me digais qué os habeis hecho desde que no nos hemos vuelto á ver.

Le condujo al salon y le invitó á sentarse en un sillón.

Sentada enfrente de él, le miraba con aquellos mismos ojos y aquella sonrisa graciosa que tan feliz le habia hecho en otro tiempo. Desde entonces se habian operado en él grandes cambios, y tal vez otra linda cabecita se le aparecia algunas veces en el cuarto del gato amarillo; pero cuando vió delante de sí trasformado en gran señora al amable diablillo que habia reinado en su corazon como dueño soberano en otro tiempo, se despertaron en él todos los recuerdos de lo pasado y respiró con transporte los dulces perfumes que exhalaba la elegante habitacion en que vivia Leonor.

— Al veros me parece que las lecciones de baile terminaron ayer. Fué tambien para mí una magnífica temporada. Después, he pasado dias muy tristes, añadió bajando la cabeza.

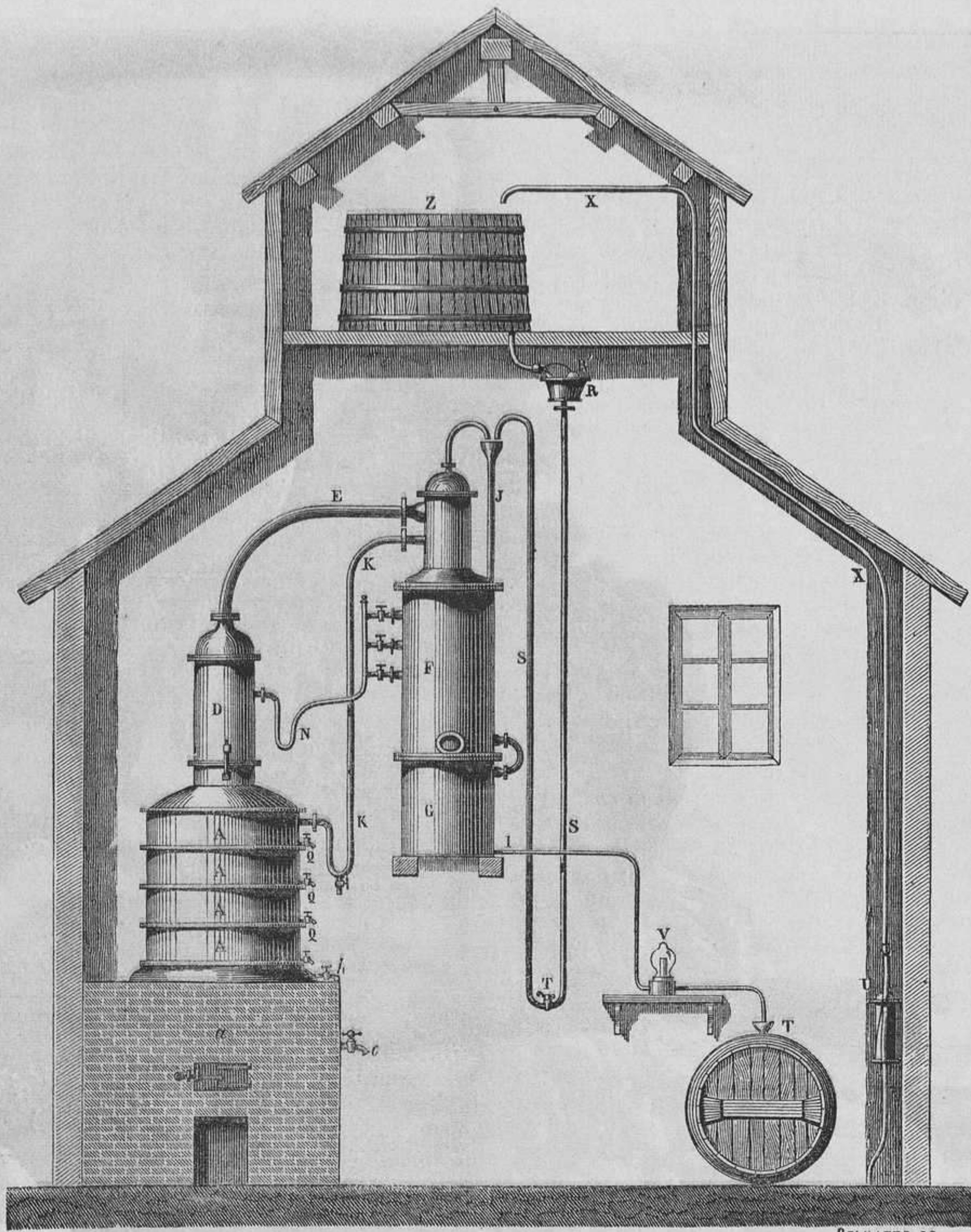
Antonio demostró al oírlo tanto pesar, que Leonor procuró rēcobrar su serenidad y mirarle con la sonrisa en los labios.

— ¿Qué es lo que os ha traído cerca de mi padre? preguntó finalmente cambiando de tono.

Antonio habló de Bernardo, de la larga enfermedad de su amigo y de los votos que este hacia por su felicidad y por la de toda su familia, no ocultándole el vivo interés que se tomaba por su suerte. Leonor inclinó los ojos sobre un pañuelo juntando las puntas, y manifestó á Antonio cuánto sentia la enfermedad de su amigo.

— Si podeis decidir á vuestro señor padre á recurrir á los buenos oficios de Bernardo, os aconsejo que no dejeis de hacerlo. Me persigue la idea de que en el despacho de Ehrenthal se trama un complot contra el baron. Tal vez encontrareis algun medio para hacer saber á Bernardo ó á mí de qué manera podremos ser de alguna utilidad á vuestro señor padre.

Leonor, turbada, miró á Antonio, y acercando su silla á la de este, le dijo:



Aparato de destilacion. — Sistema Egrot.

— Wohlfart, sois mi antiguo amigo y así puedo confiaros lo que me llena de inquietud. Mi padre nos oculta á mi madre y á mí lo que le atormenta, pero de dia en dia se observa en él un cambio notable. La fábrica le ha costado mucho dinero y sé que á cada momento se encuentra exhausto de fondos. Todos los dias mi madre y yo rogamos al Todopoderoso que nos devuelva la tranquilidad de que disfrutábamos en la época en que nos conocimos. En cuanto sepa algo os lo avisaré. Os escribiré, dijo con resolución, y cuando Eugenio venga con licencia irá á veros.

Antonio abandonó la morada del baron lleno de gozo por haber vuelto á ver á su linda amiga y animado del mas vivo deseo de servir á la familia de Rothsattel. Al salir de la casa encontró á M. Ehrenthal, á quien saludó rápidamente. Este al pasar por su lado le rogó que no tardara en volver á visitar á su hijo Bernardo.

Ehrenthal habia vivido muy tristemente algunos dias; jamás habia suspirado tanto ni habia movido tanto la cabeza. En vano su esposa Sidonia preguntaba á su hija: ¿Qué le pasa á tu padre que le hace suspirar de ese modo? En vano Itzig procuraba reanimar el espíritu decaído de su principal con seductoras perspectivas para el porvenir.

Este descargaba sobre el tenedor de libros toda la bilis que rebotaba de su corazon.

— Vos sois el que me ha impelido á dar esos pasos contra el baron, le decia gritando al dia siguiente de la escena con Bernardo. ¿Sabeis bien lo que sois? ¡Pues sois un hombre infame!

Itzig, sorprendido, miró á su principal y su principal y se encogió de hombros.

— Si no sabeis otra cosa mas, dijo, ¿qué significa esa palabra infame? ¿Será necesario que busque su explicacion en algun vocabulario de palabras extrañas? No seais tan débil, Ehrenthal.

Pero este suspiró nuevamente, miró encolerizado á Veitel, y cubrió su cabeza con el periódico que tenia en la mano.

No pudo soportar mas de dos dias el dolor de su hijo, que decaía visiblemente y rechazaba con frases breves y duras todos los cuidados de su padre.

— Es necesario que yo haga un sacrificio, dijo Ehrenthal entre sí, que le devuelva la tranquilidad y el sosiego, que no oiga mas sus lamentos. Por amor á mi hijo, yo haré que el baron obtenga el otro dominio cerca de Rosmin, donde he colocado su dinero, ó de lo contrario, salvaré su capital sin reportar por mi parte ningun beneficio. Perderé de este modo mas de mil escudos que me corresponden por la parte de Löwemberg. Creo que este sacrificio consolará al pobre Bernardo.

Hundió resueltamente la cabeza en el sombrero, y ahogando los rebeldes pensamientos que procuraban todavía abrirse paso en su corazon, entró en la morada de su deudor.

El baron recibió esta visita inesperada con la ansiedad que le quitaba la respiracion á cada visita de un hombre de negocios... « Apenas ha partido el portador del aviso, que ya tengo aquí al enemigo. Ahora me ve á pedir que le ceda legalmente la hipoteca que le ha suscrito. La consecuencia de todo esto no se hará esperar. »

Pero se vió agradablemente sorprendido cuando Ehrenthal le ofreció espontáneamente y en términos corteses hacer por su cuenta un viaje á Rosmin, y hasta ir mas allá en caso necesario, para defender sus intereses en la venta del dominio de Polonia.

— Yo me haré ayudar por un hombre seguro, el comisario Walther de Rosmin, para que veais que todo se hace en regla. Me dareis plenos poderes para pujar sobre la finca, y rechazar á los subastadores hasta que vuestra hipoteca se encuentre cubierta por el precio de tasacion pagado por una tercera persona.

— Ya sé que todo eso será necesario, dijo el baron; pero por amor de Dios, Ehrenthal, ¿qué haremos si el dominio no queda á mi favor?

Ehrenthal se encogió de hombros.

— Ya sabeis que yo no os he obligado á tomar esta hipoteca; hasta puedo decir, si la memoria no me es infiel, que yo procuré disuadiros. Si hubiérais seguido mis consejos, tal vez no hubiérais adquirido esa malhadada hipoteca.

— Pero el mal ya está hecho, repuso el baron embrazado.

— Lo primero que ruego al señor baron es que confiese que soy inocente.

— Eso es de todo punto indiferente en las actuales circunstancias.

— Para vos podrá ser indiferente, dijo Ehrental, pero no para mí, porque afecta mi honor como agente de negocios.

— ¿Qué queréis dar á entender? preguntó el baron en tono que hizo estremecer á Ehrental; ¿llevais vuestra osadía al extremo de pretender que una cosa aun cuando no afecte á vuestro honor podría serme indiferente?

— ¿Por qué os acalorais, señor baron? exclamó el agente; yo no digo nada contra vuestro honor, ¡Dios me guarde!

— Sin embargo, lo dais á entender, repuso el desdichado baron.

— ¿Cómo podeis interpretar tan mal las palabras de vuestro antiguo agente de negocios? dijo gimiendo Ehrental; yo solo pretendo que digais que soy inocente respecto á la adquisicion de la hipoteca.

— ¡Bueno! consiento en ello, dijo el baron dando con el pié en el suelo.

— Os lo agradezco, dijo el agente satisfecho. Si por desgracia os veis obligado á quedaros con la finca para salvar vuestro capital, entonces veremos lo que es mas conveniente para vuestros intereses. La ocasion no es oportuna para prestar dinero, pero cuando menos os adelantará la caucion y los derechos del tribunal en cambio de una hipoteca sobre el dominio.

Se convino en seguida en la expedicion de poderes y en su viaje á las provincias vecinas. Cuando Ehrental se separó del baron, este quedó entregado á los mas opuestos pensamientos.

¿Se habia salvado ó estaba perdido? La idea de que aquella hipoteca influiria fatalmente en su suerte, le causaba gran turbacion. Resolvió hacer por sí mismo el viaje á Rosmin y no fiarlo á Ehrental. Pero se vió asaltado de nuevo por el pensamiento de que debia mostrar en este momento gran confianza en Ehrental, para que este no desconfiara tampoco de él. En su situacion bogaba impotente sobre un mar embravecido cuyas olas iban en aumento poniendo en peligro su existencia.

Por la noche Ehrental entró de nuevo en el aposento de su hijo, y desdobló encima de la cama los poderes que se le habian conferido.

— ¿Me darás ahora la mano? preguntó á su hijo que le miraba con aspecto sombrío. Viajo en representacion del baron para comprarle una nueva propiedad. Todo está arreglado entre los dos. Aquí están los poderes que me ha conferido, le haré un nuevo anticipo, y si dirige bien su buque, todavia podrá llegar á puerto de salvacion.

Bernardo miró á su padre con ojos amortiguados, hizo un movimiento de cabeza, y dijo:

— Esto no basta, padre mio.

— No obstante, mi reconciliacion con el baron es un hecho consumado, y ha convenido en que no soy responsable de su desgracia. ¿Te basta esto, hijo mio?

— No, contestó el enfermo. Mientras conserves en tu escritorio á Itzig, que es un miserable, no tendré un momento de tranquilidad y de reposo.

— Será despedido, exclamó Ehrental con solicitud; si mi hijo lo exige, le despediré el trimestre próximo.

— ¿Y renunciarás á tu proyecto de adquirir para tí la propiedad del baron? preguntó todavia Bernardo.

— Cuando llegue la ocasion de ponerla en venta, pensaré en lo que me has dicho, contestó evasivamente el padre. Ahora no hablemos mas sobre el particular; cuando hayas recobrado la salud, ya veremos.

Cogió la mano de Bernardo que vacilaba en abandonársela, la retuvo entre las suyas, y permaneció silencioso delante de su hijo.

Si alguna vez en su vida habia estado contento, era ahora que habia comprado la reconciliacion con él.

VII.

Las olas pasaron una tras otra por encima de la cabeza del naufrago.

La fábrica habia funcionado algunos meses durante el invierno. La cosecha de remolacha recolectada en la propiedad del baron, habia sido mala, y la de los alrededores, sobre la que este habia fundado grandes esperanzas, habia sido casi nula. Varios cultivadores en pequeña escala no habian cumplido sus contratos, ó bien habian entregado frutos de mala calidad. Por falta de remolacha y de dinero, la fábrica suspendió sus trabajos, y los obreros se dispersaron.

Ehrental habia partido para la posesion de Polonia. El baron, agitado por una impaciencia febril, mandó que salieran caballos de posta para alcanzar á su apoderado; luego dió contraórden, y temblaba entre tanto pensando en el término fatal, en la subasta y en las angustias mortales que sufriria hasta el momento de la adjudicacion. Si no tenia confianza en Ehrental, podia contar con toda seguridad con el comisario de Rosmin. De esta manera transcurrió el tiempo hasta el nefasto dia en que Ehrental se presentó á él con la carta del comisario Walther.

El capital del baron no habia sido posible salvarlo mas que con la adquisicion de la finca.

Los poseedores de la primera hipoteca de cien mil escudos habian elevado el precio de la subasta hasta ciento cuatro mil, y habiéndose retirado en seguida, no se presentó ningun comprador en el término fijado por la ley.

— Este dominio os pertenece ahora, señor baron, di-

jo finalmente Ehrental. Para que esteis en disposicion de poder conservar en vuestro poder las tierras, he convenido con los poseedores de la primera hipoteca que dejarán el capital de cien mil escudos sobre el dominio. He pagado por vos cuatro mil escudos y los gastos de compra.

El baron no profirió una palabra; su cabeza cayó pesadamente sobre el bufete. El agente le refirió como habia tomado posesion del dominio en nombre del baron. Cuando salió de la casa de este, murmuró por lo bajo: Es hombre al agua; en la época del próximo vencimiento, perderá su antigua propiedad, y no tiene bastante energía para conservar la nueva. Veo que será necesario que yo me quede con las dos.

Se acercaba el término fatal en que el baron debia satisfacer los intereses de todo el capital que habia tomado á préstamo, por lo que trató nuevamente de buscar dinero. Acudió inútilmente á sus amigos y conocidos. En último resultado visitó á Jorge Werner, á quien su madre habia cedido en otro tiempo un terreno. Fué recibido con cierto embarazo por este jóven propietario, el cual, despues de haber hecho la corte á Leonor por algunos años, se retiró prudentemente. Nadie ignoraba los apuros en que se encontraba el baron. M. Werner, cuyas tierras lindaban con las de Rothsattel, atestiguó con mucha cortesía al baron el interés que le inspiraba su enojosa posicion, sintiendo mucho que la nueva posesion estuviera gravada con una hipoteca tan enorme.

— ¿A quién habeis encargado que os representara en la subasta? preguntó finalmente.

— A Hirsch Ehrental, contestó el baron abrumado. Al oír esto, su vecino desplegó repentinamente su elocuencia.

— ¿Ehrental, decid? Temo mucho que ese hombre no habrá mirado mucho por vuestros intereses. Conozco á ese usurero. Con sus artimañas nos defraudó hace algunos años una suma de alguna consideracion. Mi padre habia hecho una corta de maderas en un bosque que poseia en lo interior de la provincia, y la habia vendido toda á un negociante en maderas. Ehrental hizo con este último una venta fraudulenta, y compró á bajo precio toda la provision al negociante, que se fugó á América. Los dos petardistas se repartieron el dinero de mi padre.

El baron palideció, se levantó sin insistir en su demanda, y huyó como un criminal.

Desde este dia permanecia casi siempre sentado en su sillón, entregado á sombrías reflexiones. No salia de su casa mas que para distraerse algunos momentos de su triste posicion. Se mostró brusco con su esposa, é inaccesible para su hija: ellas tambien sufrían imponderablemente.

El baron no entreveia mas que un solo rayo de esperanza, la intervencion de Bernardo. Esta vez no se engañaba, era su única áncora de salvacion. Pero en el momento de asirse en su naufragio á la única mano desinteresada que se le tendia, no fué á Antonio á quien recurrió, y sí á otro por quien sentia una fuerte repugnancia mientras no le veia, pero cuyas maneras de ropavejero le tranquilizaban en cuanto le tenia en su presencia. En el momento supremo la Providencia misericordiosa le dejaba la libre eleccion de su porvenir. Pero ¡ay! ni aun esa libertad tenia. La maldicion de un mal proceder turbaba ahora su espíritu. Itzig acudió á la invitacion del baron. Este dirigiendo una mirada oblicua al hombre obsequioso que se deshacia en cortesias, le dijo:

— El jóven Ehrental me ha hecho proposiciones para conciliar mi diferencia con su padre.

Veitel dió un salto, como herido por un disparo de fusil.

— ¿Bernardo, decid?

— Sí, así creo que se llama. Creo que está enfermo.

— Morirá, repuso Veitel.

— ¿Cuándo? preguntó el baron preocupado, pero reportándose en seguida: ¿Qué tiene? dijo.

— Su mal está aquí, dijo Itzig señalando el pecho; cualquiera diria que tiene en él un fuelle, y en cuanto se rompa por algun lado, dejará de soplar.

El pesar se pintó en el rostro del baron, pero no pensaba mas sino en que corria prisa el arreglo de su negocio.

— Me han dicho que el enfermo tiene bastante influencia con su padre para que por su intercesion se pueda confiar en el asentimiento de Ehrental.

— ¿Qué entiende Bernardo de negocios? Es un loco, exclamó Veitel, no pudiendo ocultar su despecho. Que le entreguen un viejo pergamino cubierto de letras y geroglíficos, y en seguida os entregará toda clase de hipoteca. Es un ignorante.

— ¿Por lo que veo, este medio no os place? preguntó el baron desesperado.

Antes de contestar, Itzig reflexionó largo rato. La vista del baron erraba inquieta por todos los ángulos del aposento. Al fin Itzig contestó de repente con aire risueño:

— El señor baron tiene razon. Efectivamente, lo mejor que se puede hacer, es que vos y Ehrental os presentéis en el aposento de Bernardo, y á la cabecera de su cama arregleis vuestro negocio.

Se calló nuevamente un instante, y bajo la impresion de los pensamientos mas apasionados, su rostro se encendió fuertemente.

— Señor baron, ¿queréis dejar á mi cuidado indicaros el dia y el momento mas oportuno para hablar á Bernardo Ehrental? Cuando hayais entrado en el escritorio, subiré corriendo al cuarto de Bernardo, y le diré

que estais allí. Entre tanto tendreis la bondad de aguardar en el escritorio, aun cuando yo tarde media hora en volver; aunque Ehrental diga lo que quiera, y por mucho que grite, no abandonéis nunca vuestro puesto. Cuando vaya á buscaros, todo estará en regla, porque Bernardo obtiene de su padre cuanto desea.

— Aguardaré pues vuestro aviso, dijo el baron, atormentado por la perspectiva del terrible dia que le esperaba.

Itzig se separó del baron y corrió, entregado á la mas viva agitacion, á su hospedaje en casa de Pinkus. En el mas alto grado de sobreexcitacion, se paseaba precipitadamente por su reducido aposento con los puños cerrados, profiriendo amenazas contra Bernardo. Abrió su viejo bufete, sacó de un cajon secreto dos llaves que puso sobre la mesa, y las estuvo mirando largo rato con ojo fijo é inmóvil. Al fin las metió en su bolsillo y se lanzó á la sala de la posada. Allí estaba encajonado en un rincon de la galeria el amigo de Veitel, M. Hippus, el hombre de los enredos. Por un concurso de circunstancias desgraciadas, Hippus se habia visto imposibilitado de medrar, de rejuvenecerse y enmendarse. Muy al contrario, tenia mas que nunca el aspecto raído, cascado y decrepito. Acababa de acurrucarse en un rincon, donde daba el sol, y leia en un libro mugriento.

Cuando Veitel entró precipitadamente, bajó mas la cabeza sobre el libro, y mostró ocuparse mas de lo que leia que del jóven que estaba delante de él.

— Cerrad vuestro libro y escuchadme, dijo Veitel impaciente. Ehrental devolverá sus créditos á Rothsattel, el baron me entregará la hipoteca, y yo tendré que pagarle los ocho mil escudos que le debo.

— Calla, calla, contestó el anciano balanceando su ruin cabeza, ¿qué cosas se ven en el mundo! Si Ehrental regala su dinero á un pelon que le ha faltado á la palabra, todavia estamos á tiempo de ser honrados y confesar nuestras culpas y pecados. Pero antes de pasar adelante en nuestra conversacion, me mandarás subir alguna cosa que agrade á mi paladar para comer y beber. Tengo sed, no digo mas.

Veitel fué á buscar lo que Hippus habia pedido. El anciano le siguió con la vista murmurando:

— Este es el momento oportuno; y miró por encima del libro balanceando la cabeza.

Itzig, despues de haber colocado delante del abogado los manjares y bebida reclamados, le preguntó friamente:

— ¿Cuánto?

— Trescientos, contestó el viejo legista, y todavia tengo que pensarlo. Esta no es mi especialidad, buen Itzig. Cuando se trata de mi profesion, presto mis servicios á menos precio, como debes recordar. Pero por un trabajo mas honorífico, por el estilo de los de M. Cartucho y otros señores amigos tuyos, es necesario ser mejor retribuido. Yo no trabajo en esto mas que como aficionado, puesto que no puedo hacer otra cosa, sin asegurarte que tenga un gusto muy delicado por esta clase de negocios.

— ¿Eso es decir que á mí me gustan? exclamó Itzig. Si hay un medio de evitarlo, decídmelo. Si sabeis cómo es necesario obrar para impedir la reconciliacion de Ehrental y el baron, y arruinar al uno por el otro, decidlo. El mismo hijo de Ehrental hará las paces entre ellos, y así como se ve en las estampas aparecer entre dos amantes un Cupido desnudito con sus correspondientes alas, Bernardo aparecerá tambien entre su padre y el baron, y nosotros dos seremos los chasqueados.

— ¿Nosotros? dijo Hippus con aire de satisfaccion. ¡Tú, grajo, serás el engañado! ¿Qué me importan tus negocios?

— Doscientos, exclamó Veitel acercándose á él.

— Trescientos, contestó Hippus vaciando el vaso. Pero yo no haré eso solo, es necesario que tú tambien trabajes.

— Si quisiese enredarlo, dijo Veitel, yo solo basto, y para nada necesito vuestro auxilio. Escuchadme. Yo haré de modo que no haya nadie en la casa; que el baron y Ehrental salgan al mismo tiempo del escritorio; yo os haré seña si los papeles están encima de la mesa ó en el armario. Será de noche, tendreis á vuestro favor media hora de tiempo. Cerraré con llave la puerta de la casa, y abriré la que da al callejon, que ordinariamente tiene echado el cerrojo. Es esta operacion tan segura que un niño de diez años podria llevarla á cabo.

— Para tí es muy segura, dijo el viejo en tono áspero, pero no para mí.

— Sin embargo, hemos intentado todo lo que se puede hacer legalmente, y como no da resultado, es necesario obrar fuera de la ley, exclamó Itzig dando un puñetazo en la balastrada rechinando los dientes. Si no queréis encargarnos del trabajo, no por eso dejará de hacerse lo que convenga, aunque sepa firmemente que todas las sospechas hayan de recaer sobre mí, si durante este tiempo no me hallo en el aposento de Bernardo.

— Eso está muy bien dicho, gracioso Itzig, dijo Hippus calándose mas las gafas para observar mejor el aire resuelto y encolerizado de su adepto. Puesto que eres tan valiente no te abandonaré; pero es menester que me des trescientos escudos.

Empezó el contrato. Los dos se retiraron á un rincon de la galeria, y hablaron muy bajo hasta que fué de noche.

Algunos días despues, Antonio se encontraba al anochecer á la cabecera de la cama del pobre Bernardo.

— No puedo detenerme mucho. Decidme, querido amigo, ¿cómo estais?

— Me encuentro muy débil cada vez mas débil. Respiro con mucha dificultad. ¡ Si pudiera algun dia salir de este oscuro aposento y respirar el aire libre!

— ¿No os permite el médico que salgais á pasear en coche? Si mañana hace buen dia, vendré á buscaros.

— Sí, exclamó Bernardo, venid. Tambien yo os contaré alguna cosa. (Miró con recelo en derredor del aposento.) He recibido hoy por el correo una carta anónima.

Sacó de debajo de su almohada una cartita y la entregó misteriosamente á su amigo.

— Tomad, tal vez conoceréis la letra.

Antonio se acercó á la ventana y leyó.

« El baron de Rothsattel desea hablaros esta noche. Procurad estar solo con vuestro padre.»

Cuando Antonio devolvió el billete, Bernardo miró con veneracion el papel y volvió á colocarlo bajo las almohadas.

— ¿Conoceis la letra? preguntó.

(Se continuará.)

El nuevo púlpito

de la iglesia

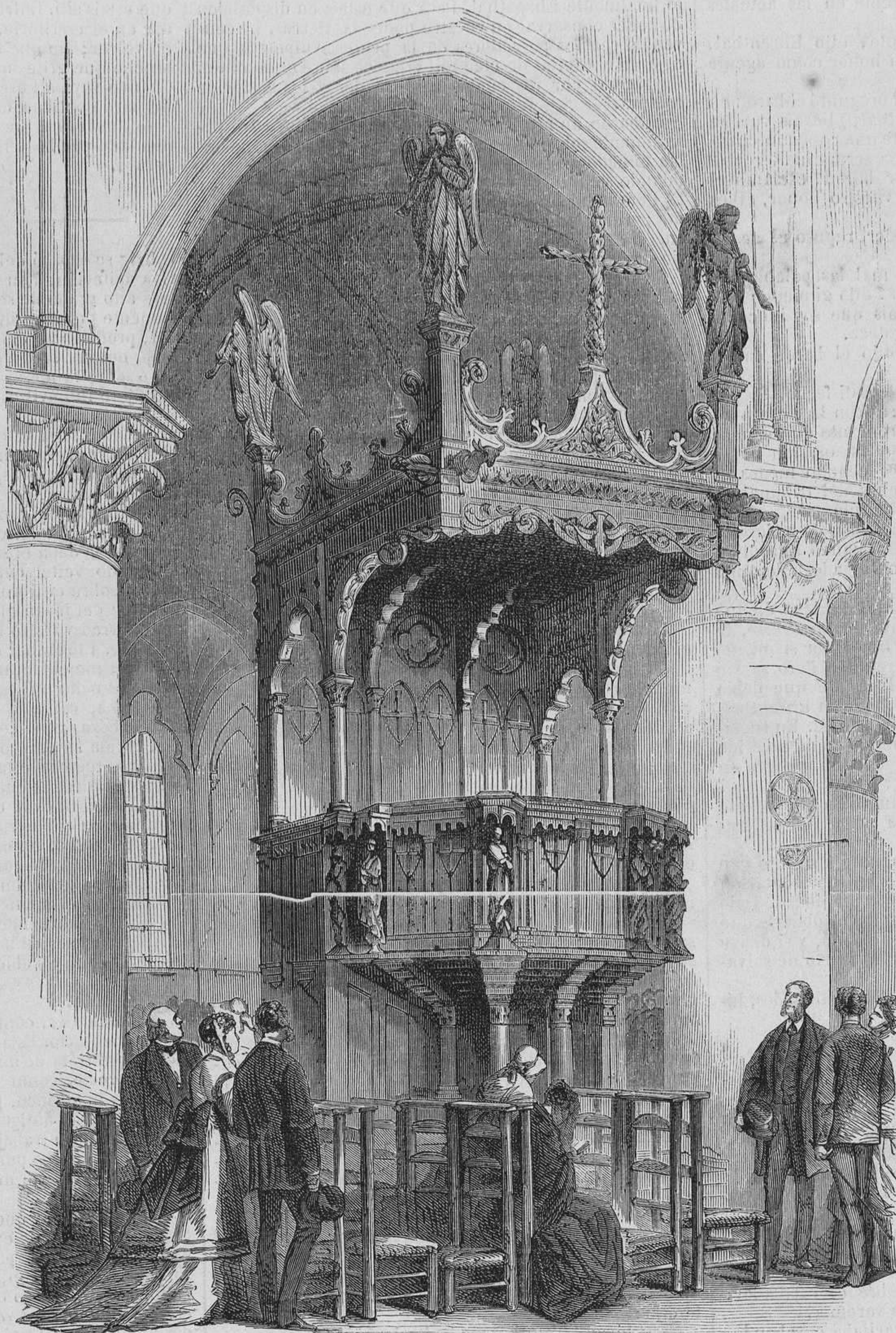
DE NUESTRA SEÑORA DE PARIS.

Hace mas de veinte años que se dió la primera mano á las obras de restauracion de la iglesia metropolitana de Paris, y así es que el número de piedras removidas es incalculable; pero hagamos hoy abstraccion de los trabajos exteriores, que algun otro dia se ofrecerá ocasion de hablar de ellos, y ya que el nuevo púlpito, cuyo dibujo damos, nos atrae al interior de la iglesia, parécenos oportuno echar una mirada en nuestro derredor y decir en breves palabras lo que hemos visto.

Ante todo entraremos, mas no por la puerta central que es la de los reyes. Felipe el Hermoso pasó por esta puerta, y á caballo, despues de la victoria de Mons-en-Puelle que ganó á los flamencos. Luis XII y Luis XIII pasaron tambien, y Luis XIV una vez en 1685, con motivo del bautizo de la campana grande, y otra en 1699 cuando se colocó la primera piedra del altar. Luego le tocó el turno á Napoleon I para la consagracion, y por fin entró igualmente Napoleon III el dia de su casamiento. Esta puerta estuvo cerrada primitivamente por hojas adornadas del mismo modo que las de las puertas laterales de la Virgen y de Santa Ana, cuya obra de hierro forjado es una de las mas curiosas muestras del arte de la cerrajería en el siglo XIII. El arquitecto Soufflot reemplazó estas hojas con otras de madera esculpida, una mancha que ha desaparecido, y en la actualidad el ornato de las tres puertas se halla en armonía. En los adornos ejecutados hoy bajo la direccion del entendido arquitecto M. Viollet le Duc, el arte moderno lucha victoriosamente con el de la edad media.

El nuevo púlpito de la iglesia de Nuestra Señora se halla colocado entre dos columnas, á mitad de camino de la nave principal, sobre la derecha. Es una obra notabilísima bajo todos conceptos, como puede observar el lector por nuestro dibujo. La escalera está por el lado del coro donde se halla disimulada en el artesonado de la puerta que conduce al cuerpo del púlpito.

Un grupo de seis columnillas sostiene este cuerpo adornado con seis estatuas pequeñas, de las cuales las cuatro primeras representan á los cuatro evangelistas

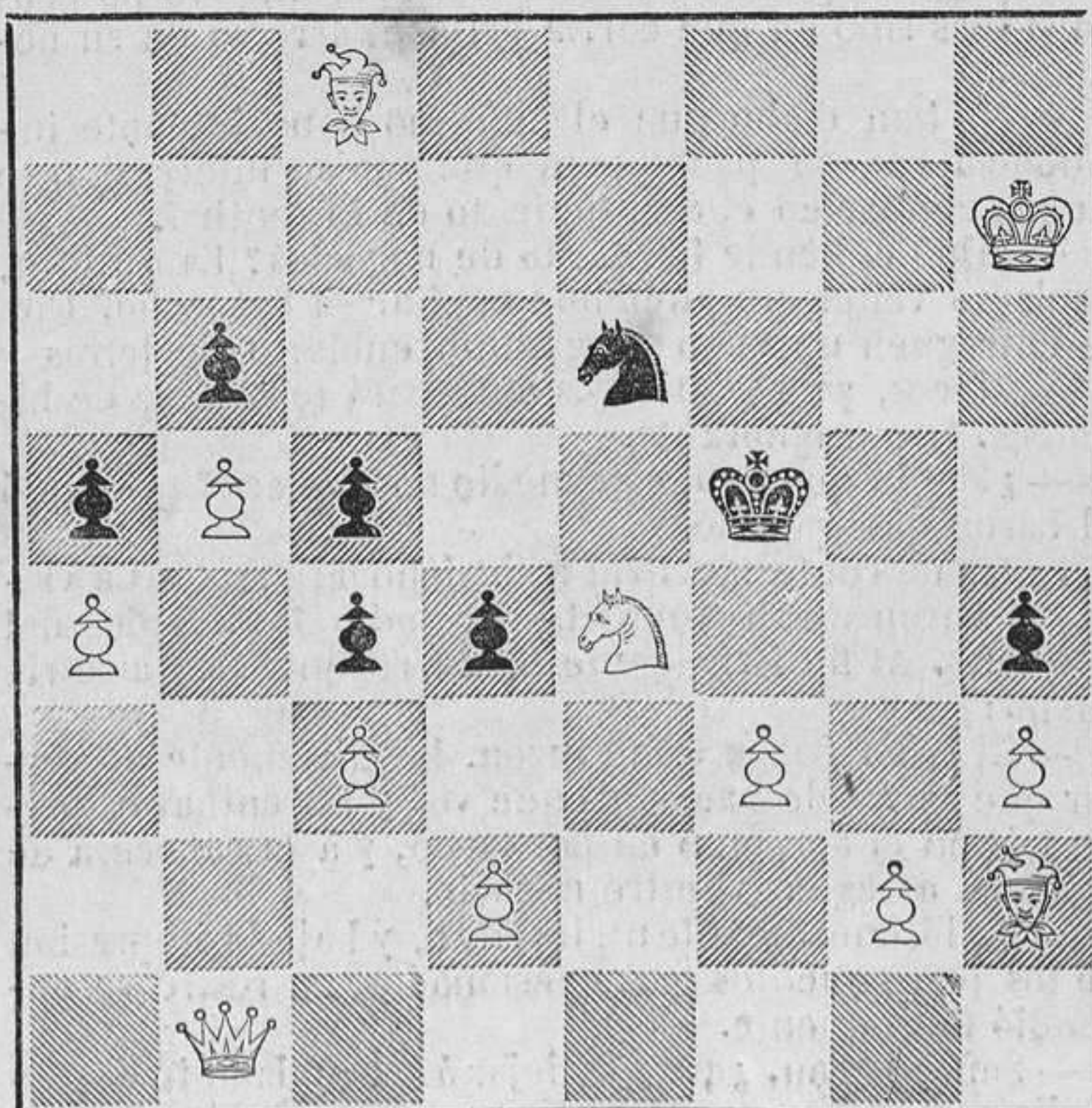


El nuevo púlpito de la iglesia de Nuestra Señora de Paris.

Problemas de ajedrez. (1)

PROBLEMA NÚMERO 267, POR M. PH. KLETT.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

Esta larga serie de esculturas que constituye una de las cosas mas curiosas de la iglesia, es en gran parte obra de maese Juan Ravy, que fué durante largo tiempo albañil de Nuestra Señora, y no se concluyó hasta 1351, por Juan de Bouteiller. Compónese este cercado por el lado Norte, de un basamiento dividido en diez y nueve ogivas trilobuladas que descansan en grupos de tres columnillas.

Trece asuntos del Nuevo Testamento desfilan por arriba en un bajo-relieve continuo, y los intervalos de las archivoltas están ocupados por animales fantásticos y matas de follaje.

Por el lado del Mediodia el cercado cuenta veinte y siete arcos en ogivas trilobuladas, divididas en nueve secciones, de las cuales cada una corresponde á un asunto esculpido. Finalmente, sobre las figuras hay un dosel continuo.

C. P.

(1) Solucion del número 266.

1 C 3ª TRª T toma C
2 C 2ª CRª jaque-mate

Los Editores-Proprietarios responsables
X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.

y las otras dos á san Pedro con las llaves simbólicas y á san Pablo con la espada que recuerda su martirio. Entre las estatuas hay cruces doradas separadas unas de otras por una esbelta columnilla. Unas ogivas trilobuladas esculpidas en relieve y que descansan en tres columnas con cruz, adornan la parte del fondo, que hace continuacion á la ogiva calada cuya columna avanzada á la derecha y á la izquierda sobre el cuerpo de la cátedra sostiene la tabla acústica. Esta tabla, finamente trabajada, tiene en los cuatro ángulos cuatro ángeles tocando la trompeta. A los piés de los dos ángeles de la parte anterior se destacan horizontalmente, á ángulo recto, las figuras simbólicas consagradas á los cuatro evangelistas, cuyas estatuas dominan, el águila y el ángel por un lado y por el otro el buey y el león. Entre los dos mismos ángeles se eleva otra gran cruz dorada debajo de la cual está con las alas desplegadas el Espíritu Santo en forma de paloma.

El púlpito es obra del carpintero M. Mirgon y del escultor M. Corbon, y se distingue por su buen gusto, por la perfeccion de sus proporciones, por su riqueza y sencillez á la vez, pues se aleja tanto de la pobreza llena de ostentacion del púlpito calvinista, como de la pompa exagerada de ciertos púlpitos que se ven en otros templos católicos. Por último, tiene tambien el mérito de hallarse en armonía con el edificio en donde figura.

No saldremos de la iglesia sin llegarnos al coro donde se ha terminado ya toda la obra de imágenes de piedra que le rodea.

« El coro de la iglesia de Nuestra Señora, dice el P. du Breul, está cercado con un muro calado en torno del altar mayor, en la alto del cual se hallan representadas por medio de personajes de piedra, dorados y bien pintados, la historia del Nuevo Testamento y mas abajo la historia del Antiguo Testamento con letreros que explican estas historias...»